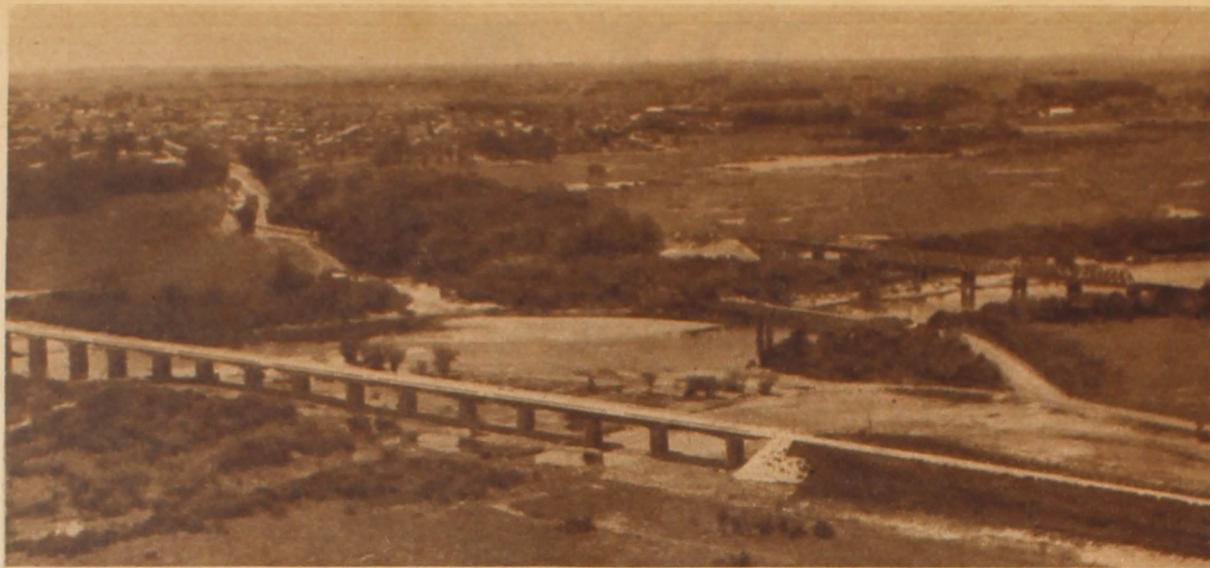




MARIA EUGENIA
VAZ FERREIRA.

Retrato de juventud de la autora de "La Isla de los Cánticos". Ella fue, cronológicamente, la primera que dio a la poesía femenina del Uruguay, el gran vuelo lírico que la ubica en lugar de privilegio en las letras hispanoamericanas.



He aquí tres épocas del cruzar del hombre sobre los ríos. En el centro, la de la pata de caballo y de buey; al fondo, la del hierro; en el primer plano, la del neumático, simbolizadas por el puente viejo, el ferroviario y el nuevo, respectivamente. A la izquierda, la antigua vía de acceso a la ciudad. Más allá, campo y cielo treintaitresinos. (Foto del archivo del Sr. Aníbal Barrios Pintos.)

Si "Egipto es un don del Nilo", ¿qué es Treinta y Tres del Olimar? Hijo, haría que contes ar; pero con una condición: que "hijo" signifique "todo". Como por otra parte tendría que significarlo. Tendría; porque dicen las malas y repiten las buenas lenguas, que la palabra perdió esa significación desde que el hombre tuvo hijos.

Todo. Hijo, porque de él nació; hijo, porque por él es; hijo, porque sin él no sería ni una sombra sobre la tierra. Por eso sostenemos que Treinta y Tres no está bien designado; mejor dicho, lo está a medias. Lleva solamente el nombre; le falta nada menos que el apellido. Es hora de que nos acostumbremos a llamarlo por el nombre completo que por filiación le corresponde: Treinta y Tres del Olimar.

Como por mi parte estoy dispuesto a luchar hasta el fin por la implantación de este nombre, ya empiezo a salirles al paso a los posibles argumentos que en su contra se puedan formular.

Primer argumento en contra: Que puesto que no existe más de un Treinta y Tres, no hace falta agregarle apellido a su nombre.

Contesto: 1º Que ya hay dos Treinta y Tres: el Departamento y la Capital. Si cuando nombramos a esta última, debemos siempre aclarar entre paréntesis (la ciudad), mucho más cómodo, más lindo, más sabroso, más lógico y más justo, es ya de arranque nombrarla Treinta y Tres del Olimar. 2º Que no sería lógico negar que en un futuro puedan haber otros Treinta y Tres. 3º Que si sólo para los casos de repeticiones fuera recomendable lo que proponemos, no se explicaría por qué a pesar de la ausencia de otros "frailes" y de otros "santos" en el nomenclátor de nuestras capitales departamentales, Fray Bentos no le ha sacado el "Bentos" a su "Fray" ni San José el "San" a su "José".

Segundo argumento en contra: Que Treinta

RECUERDOS DE TREINTA Y TRES

ta y Tres del Olimar sería un nombre demasiado largo. **Contesto:** Que tiene una letra menos que San Fernando de Maldonado y... unas cuantas menos que San Felipe y Santiago de Montevideo; y sólo tres más que Santa Clara de Olimar, por ejemplo.

Pero estamos seguros que a esta altura ya estará protestando algún lector treintaitresino de allá por Otazó, La Charqueada, Vergara, El Oro, Pueblo de los Pastores, Isla Patrulla, Sierras del Yermal, Rincón de Ramírez, etc.

—¿Por qué "del Olimar" y no "del Otazó, el Cebollatí, el Paraíso, El Oro, Las Pavas, Los Avesruces, El Yermal o la Merín"?

Y pensar que ese lector pudo haber sido el que esto escribe, de no haber pasado por una prueba a su entender definitiva, y naturalmente, de haber sido esto escrito por otro. La prueba definitiva es la prueba del extrañamiento; pero extrañamiento después de haber estado una temporada —cortona, no más— en la capital del Departamento: en Treinta y Tres del Olimar.

Se trata de una prueba a la que podría someterse a todos los treintaitresinos en general y a cada uno de ellos en particular, cualquiera sea el lugar de su nacimiento, cría, noviazgo, prosperidad, etc.; pero también, a quienquiera que fuese: treintaitresino, artiguense, brasileño, guatemalteco, canadiense, inglés, español, italiano, turco, egipcio o hindú. Eso sí, para todos los casos tiene que cumplirse aquella condición de la "pasadía" por Treinta y Tres del Olimar.

Es que no importa haber vivido a las orillas de Yerbales o Avestruces; ni haberse maravillado en la sola contemplación de Otazó o Leonchos; ni haber admirado la grandeza de Cebollatíes, el empuje vivifica-

dor de Oros y Las Pavas, o la señorial presencia de Corrales y Paraos. Pues ni la fuerza de la querencia, ni la porfiada evocación de una edad feliz, ni nada de cuanto cosa grande, linda y querida tenga para nosotros todo nuestro Departamento, podrá jamás con justicia acallar en nuestro íntimo ser, esta obligación de gratitud casi biológica, que nos ata a aquella especie de milagro geológico que es el Olimar para nuestra tierra. Gratitud o lo que sea; pero que tiene las características de una fuerza telúrica y la persistencia de un rasgo hereditario y la nobleza de un vínculo entrañable.

Voy a contar una —ya sé— demasiado humilde historia a este respecto. Pero que precisamente por humilde, puede tener la virtud de parecerse a muchas otras. Yo tenía catorce años cuando me radiqué en Treinta y Tres del Olimar. Catorce años compuestos más o menos así: cinco de Rincón de Dávila matizados de Porongos; uno y pico de Avesruces, y el resto de Yerbaitos. La síntesis de todo esto en el alma, se parece mucho a una síntesis geográfica de nuestro Departamento. Llanuras como mares, esterales infinitos, cangrejales, paja y barro; más la placidez bucólica de un paisaje casi de ensueño; más el brusco pasaje a una sucesión de ariscas serranías y quebradas. Todo delicias en el recuerdo. Las delicias de la niñez. Una niñez representada tan pronto por la imagen suavecita de una mesa rodeada por una mujer y un hombre jóvenes y fuertes y por cuatro o cinco gurises curados de tierra y de soles; como por las salvajes estridencias de los lentos amaneceres campesinos; como por el repetido juego de la búsqueda de la primera estrella en el cielo de las tardecitas es-

tivales; como por los olores, los colores, los ruidos y los sabores de una sencilla fiesta familiar en pleno monte, al borde del arroyo, entre rasguídos de chicharra, aromas de chichlo asado, rumores de agua y hojas, bajo el peso enorme del cielo, junto a la respiración de la tierra toda y... un gusto hasta llorar, por la vida.

Querencia y sólo querencia era yo, de la carne al alma. Querencia, sinónimo de tierra, de mata, de árbol. Querencia, losa de patio, paja del techo, alacena de la cocina, tijera del galpón, telaraña del rinconcito de la casa paterna. Fuera de eso nada. No, fuera de eso angustia. Angustia de desterrado. Sensación de orfandad absoluta, irremediable y definitiva. Lloraba como un marrano cada vez que desde el fondo de mi soledad evocaba un retazo de cielo, un cuadrado de tierra, un animal doméstico, un fuego, un rostro, un beso. Hasta el canto de los gallos me partía el alma de recuerdos. Es que yo no era más que una migaja de mundo trasladado a la ciudad con sólo catorce años.

Allí quedé; como un gajo cortado en el trópico y enterrado en plena zona polar. Desnudo estaba, como recién parido. Tirando de soledad. Traspasado por esa tristeza color muerte que deja el desarraigo hasta en los animales. Me miraba y sentía lástima de mí. No concebía cómo era posible haber dejado de ser lo que había sido, es decir "yo", para transformarme en aque-

lla renuncia de mí a que había llegado. Sobre todo, no me explicaba el por qué ni el para qué de aquello. Me comparaba con un perro abichado, con un matungo viejo y bastereado, con una hojita en la corriente. Estaba allí, porque allí me dejaron, como un cordero huérfano. Y como un cordero huérfano, me pasaba las horas balando bajito y lagrimeando rumbo al noreste. Pendiente de lo que fuera, con tal que fuera de allá; un familiar, un conocido, un caballo, un carro, una piedra, una noticia... un vintito, nada más. Por las noches me soñaba dando vuelta tierra, ensillando caballo, arreando ganado, corriendo y corriendo por cerros y quebradas, tras la borrasca manchita azul a que había quedado reducida a mis ojos la arboleda de mi casa, después de doce leguas de camino. Por las madrugadas, me pasaba los ratos perdidos reconstruyendo las más chiquitas e insignificantes escenas de la historia vieja que ya era mi vida. Por las tardes iba y venía como un sonámbulo, juntando a oreja cuanto grito o ruido de campo anduviese por ahí perdido. Ya oscuro, me dejaba caer en el primer rincón, calado hasta los huesos por aquella tristeza universal que me hacía doler la garganta, saltar las lágrimas y llorar como un desgraciado hasta dormirme.

6

Del Olimar, por entonces, yo tenía el recuerdo vago de haberlo cruzado una vez, loco de cansado tras una tropa, y la noticia geográfica que se daba en la escuela rural: que nacía, que corría, que recibía el Yermal, que moría... Más o menos lo que se aprendía de cualquier río nuestro. Tanto menos, cuanto más nuestro fuese el río. De algunos ríos americanos, ya empezábamos a aprender la fecha del descubrimiento, zonas que bañan y eso. De los europeos, nos dábamos el lujo de saber hasta el color de las aguas. De algunos africanos y asiáticos, hasta los puentes que los cruzan y la pesca que dan. El Olimar estaba allí, contra nuestros ojos. ¿Qué más de eso? Nacía, corría y moría. ¿Moría? Pues entonces que descansara en paz.

Mi primer contacto con él, después de mi llegada, fue una tarde que visitamos el puente viejo con Baladán. Miré hacia arriba y alcancé a reconocer el paso que había cruzado aquella ocasión y el arenal que le sigue. Pero fue al mirar corriente abajo, que me quedé de boca abierta prendido de la baranda. Tal como después vi quedarse a muchos. Es que no era para menos el espectáculo de aquella mesa de agua perdiéndose en la distancia, apretada entre las manchas paralelas del morle de ambas márgenes. Hubiésemos anochecido allí ese día, si mi compañero no me saca de un brazo y me borra de los oídos con sus carcajadas fenomenales, un como recuerdo de antiguas



Otra vista de la playa bajo el sol estival. (Foto De Grandi.)

ores que estaban queriendo reconocer mis
idos.

Mi segundo contacto fue ya más a todo
perro. Y por eso, mi verdadero bautismo
Olimar. De él fue que salí olimarizado
para siempre.

Fue un domingo de diciembre, templado
y rojo vivo de sol, pitanga, ceibo y zucarita.
Antes de amanecer estábamos entre ocho o
diez personas trepando a un camión lleno
de asados, pasteles y vino. Al ratito nos
hundíamos monte adentro. Nunca quise des-
cubrir, saber en qué lugar exactamente estu-
vimos esa vez, para no borrar la imagen
que me quedó de aquella fiesta total. To-
tal; desde los músculos al estómago, pasan-
do por los cinco sentidos. Monte áspero,
agua suavísima entre la tibia arena, chicha-
rales de a millones, cielo asombroso de
grande y de hondo.

Volví al pueblo transfigurado, ese día.
Creo que chiflando un nostálgico estilito
errano. De por allá lejos miré para atrás
y desde el fondo del alma, le agradecí al
Olimar aquel sabor agri dulce que me había
dejado en todo el cuerpo a lo largo del
domingo ya agonizante. Era el sabor perdi-
do de mi lejano rincón de sierras y yerba-
litos. El sabor de mi tierra, mi agua, mis
rocas, mis vientos y mis soles. El sabor de
aquella niñez que yo creía haber dejado allá
y que ahora —cordero huérfano— porfiaba
en representarse bajo la forma del ro-
stro de mi madre. Esa noche dormí como un
bueno; con aquel gusto en todo el cuerpo
y esta imagen en las pupilas. Y soñé con
la voz y los movimientos de un río; un río
vivo, como un ser de carne, sangre y hues-
os. Y alma, tenía. Era el Olimar; el que
había muerto según aquellas nociones de
geografía; el que ahora había resucitado
en mí.

Ya nunca más podría olvidarlo, desde
esa vez. Ya nada habría allí, primero que
para mí. Poco tiempo después, era yo un
treintatresino más. Había aprendido el ca-
mino de todos los hijos del pueblo. El ca-
mino de los domingos y todos los feriados.
El camino hacia el aire, el sol y el monte.
El camino hacia la entraña viva, el camino
hacia la sangre; el camino hacia el alma, el
camino hacia la verdad de Treinta y Tres.
Quien no lo haya conocido; quien no haya
comido su asado, tomado su mate, su caña
o su vino en el Olimar; quien no haya reci-
bido su baño de agua, de sol o de monte
en el Olimar; quien no haya nadado sobre
sus aguas pisado sobre su arena, comido
sus pitangas, aspirado sus aromas "sestea-
do" sus sombras; quien no haya cantado, so-
ñado, querido o besado a su vera, bajo su
sol o bajo su luna, ése no es treintatresino.
Como no lo es el artista que no le haya
dedicado un par de notas, un par de tonos
o un par de líneas. Ni el leñador que no lo
haya "leñado". Ni el matrero o el contra-
bandista que no lo hayan buscado. Ni el
sediento que no lo haya bebido. Ni el ena-
morado que no lo haya sentido hasta llorar.

Había que verlo desde abajo. Desde aba-
jo, digo, queriendo decir desde la tierra. Y
digo, porque hoy casi nadie puede verlo
así. Lo ven desde el puente del Ferrocarril
o desde el puente carretero nuevo, o desde
el avión. Que es lo mismo que no ver na-
da. O apenas ver una lista azul entre dos
hojas verdes. A eso lo reduce el ojo turis-
tico; el ojo cósmico; el ojo miope, el horri-
ble ojo que le está formando al hombre la
velocidad y la terrofobia.

Hoy sobrevolamos el Olimar. En aquellos
tiempos lo penetrábamos. No era de man-
chas que se alimentaba nuestro ser olima-
reño. Era tanto de la masa como de la gota
de agua; del monte como del árbol; del
árbol como de la hoja, del arrenal como de
la caracolita; del día como del minuto; de
la fiesta dominguera gorda y multitudina-
ria como del ratito mano a mano con el
amigo, mate va, prosa viene, trago corre,
churrasco espera.

El puente viejo fue toda una institución
en su época. Lo queríamos como se quiere
un mueble que fue de los abuelos. Lo que-
ríamos además, por lo cerquita que estaba
del agua, por entrar y salir bajo monte, por
ser chiquito, endeble, sumergible, bueno y
lindo. Pocas cosas como él y su hermano
gemelo el puente viejo del Yerbal, tan iden-
tificadas con el Treinta y Tres que perdi-
mos para siempre. Lo ostentábamos con
verdadero orgullo aldeano. Lo usábamos el
río —en bajante— sin mojarnos los pies.



La playa del Olimar en pleno funcionamiento. (Archivo del señor Aníbal Barrios Pintos.)

Del lado de Villa Sara, don Alfredo Amil
le puso una vez un recteo que le daba apa-
riencias de todo un señor puente. Debí pa-
sar mucha agua por debajo suyo, antes de
que un grupo de maestros, profesores y es-
tudiantes, encabezados por Julio Macedo,
Tomas Cachetto, Víctor Anastasia y otros, le
fundaran "El Socarrá" del lado de Treinta
y Tres, en plausible gesto solidario con la
oscura soledad a que lo redujo la blanca
mole del puente nuevo. Agachadito quedó
allí, como ave gonzada entre aquel coloso
y su antiguo compañero, el del ferrocarril.

La playa en aquella época, se extendía
entre el puente viejo y el del ferrocarril,
por el lado de Treinta y Tres. Era una tí-
pica playa del pago. Menos para tomar
baños de agua y sol, que para churrasquear.
Armar grandes ruedas de mate amargo por
un lado y dulce por el otro, prosear y
hasta bailar a la sombra de sauces, pitan-
gueros, blanquillos y mataojos. Poco ra e
de baño. La gente no se acostumbraba a
usarlo delante de la gente. Hubo quien lo
compró, se lo puso atrás de un matorral de
mataojos, se miró y se volvió a vestir los
pantalones largos.

Fue bastante después, que empecé a dar-
me cuenta de su función vital para el De-
partamento. Fue un día yendo a La Char-
queada, al verlo desangrarse por los cana-
les de las arroceras. Fue otro día visitando
la octava sección, donde nace de una nada,
para en seguida tomar impulso de torrente
por entre sierras. Fue otro día visitando la
sexta sección por donde serpentea en curvas
maravillosas; y otro la quinta donde ad-
quiere apariencias imponentes; y otro la se-
ptima; y otro, la primera y otro la se-

gunda... De las nueve secciones que en-
tonces tenía Treinta y Tres, sólo la tercera,
la cuarta y la novena escapaban a su in-
fluencia. Hecha todavía la salvedad, de que
a la cuarta lo unía su más devoto tributario,
el Yerbal. Fue después, leyendo y oyendo
que en época casi legendaria, alguien reali-
zó la proeza de llegar desde la Charqueada
a Treinta y Tres en velero por su cauce.
(No sabemos si es cierta; pero es tan linda,
que bien merece que se la dé por cierta.)
Y que alguien más anduvo tentado por la
idea de convertirlo en vía permanente de
acceso desde la Merin a nuestra capital
departamental.

Pero para saber hasta qué punto él era
para nosotros los treintatresinos la propia
vida, casi nuestra misma razón de ser, tu-
vimos que verlo durante las grandes se-
quías. Verlo vuelto casi un hilo, debatirse
por entre los arenales resecos y barrancones
cuarteados; saber que allá frente a las arro-
ceras le habían hecho una represa de bol-
sas de arena; ver amarillear los árboles de
sus costas y sentir re e ársenos la piel opri-
mírsenos la garganta, acelerársenos el ritmo
del corazón y dolernos hasta los huesos de
sed, de angustia de miedo, de inseguridad...
Y debimos verlo durante las grandes cre-
cientes, aquellas que lo hacían abrir las alas
como para cubrir con ellas la superficie to-
tal del pago, para sentir —más allá (o más
acá) del compadecimiento por las pérdidas,
los perjuicios o las amenazas del desborde—
un secreto pero auténtico y soberbio orgu-
llo de poderlo emparentar con la raza de
los Amazonas, los Mississippi, los Sena, los
Nilo y los Ganges milenarios.

Cuando a los diecinueve años me llegó
la hora de reiniciar mi viaje hacia el Sur,
presentí el impacto de la separación. Bus-

qué evitarla y no pude. Busqué aplazarla
y hasta logré que me "aplazaran" en unos
exámenes. Pero día llegó, en que los profe-
sores lograron salvarme... o perderme.
Quedaba despedido. Salvar el último exa-
men de cuarto, era entonces recibir el pa-
saje de ida a Montevideo. Yo me iba, pero
el Olimar se quedaba. Traté de llevármelo
y recogí arena y guijarros, mudas de pitan-
guero y ceibo, agua y caracolas. Pero esos
no eran más que pedazos suyos. Me pasé
cuatro o cinco madrugadas con sus aman-
ceres, otras tantas tardes con sus noches,
lunas y estrellas. No alcanzaba. Le escribí
unos versos todos llorones; daban lástima,
los pobres. Entonces abandoné toda empre-
sa. Me quedó sólo lagrimear y quejarme
hondo al cruzar en la ONDA sobre sus
ondas.

Como todavía no he sacado el pasaje de
regreso a Treinta y Tres, aquí estoy, en el
último punto de este mi viaje hacia el Sur
que empecé a los catorce años. Algún día
tendré que contar la historia de lo que ha
pasado desde mi llegada a este punto final
del viaje, hasta este momento. Aquí sólo
voy a contar el fin de esa historia. Es éste:

Pasado este tiempo inmenso —del que
tal vez sólo el puente viejo tenga memo-
ria— he descubierto que no necesitaba más
que ser; ser sencilla y humildemente lo que
soy: es decir, un hombre que no se niega,
rara llevar por siempre el Olimar en mí.
Llevarlo y transmitirlo por herencia a mis
hijos. Como una fuerza bio-terúrica, como
un vínculo entrañable, que llegó a mi san-
gre en la leche de mi madre.

Julio C. DA ROSA

(Especial para EL DÍA)



El Olimar crecido. Sobre la superficie, apenas emergen las líneas paralelas de ambas barandas del puente viejo. (Archivo del señor Aníbal Barrios Pintos.)



Aquilino Baño, junto a su molino de Mar Menor.

ESTA será, quizá, una crónica en partes, porque merece ser algo más extensa que una simple mención —siempre literaria—,

la no exhaustiva información del pedazo de gloria terrenal que lleva el nombre de MAR MENOR.

Y que es tierra también, tierra marítima

DEL MAR MENOR

FUENSANTA Y ALBERTO FLORIDABLANCA

"traspasada de Mediterráneo"; dos veces mediterráneo pues que el Mar Menor es un mar dentro del otro, el viejo Mediterráneo que aquí se vuelve aún más tibio, blando, denso, oloroso, con unas especiales características incomparables.

Por ser yo de estas tierras, le conocía de hace tiempo; nunca, sin embargo, hasta ahora, vine a vivírmelo; y doy gracias al cielo de que me haya permitido un breve descanso en mi jornada, para disfrutar de la paz y del primitivo regalo de este campo orillado de agua azul caliente, casi, diríamos, termal; tan densa de sales que el cuerpo se sostiene a flote sin hacer otra cosa que entregarsele.

Se llega desde Murcia, sólo bajar Los Puertos, por una carretera perfecta, en un desvío que señala San Javier (la base de hidroaviones); al llegar a San Javier, se sigue por Santiago de La Ribera hasta LO PAGAN, que es desde donde yo escribo.

Se llega desde Cartagena, por La Unión hasta El Algar, que desvía hacia Los Alcázares, San Javier, La Ribera, y LO PAGAN. Se llega desde Alicante, después de Torre Vieja y San Pedro del Pinatar, a LO PAGAN.

Y se llega desde el mar, entrando —pero ya en barca de pesca, en balandro, en motor, a remos— por entre los brazos de La Manga, y dejándose a un lado el áspero y viril Cabo de Palos, y al otro Torre Vieja (como extremos opuestos).

MAR MENOR es una cóncava parte del Mediterráneo, que se la socavó de la mollar y rojiza tierra sembrada de olivos, almendros, algarrobos, eucaliptos, pinares, granados...

Aunque muchos lo conocen, son los de la provincia murciana quienes lo frecuentan con asiduidad en verano. Sin embargo, su mayor encanto está, quizá, en el otoño y en el propio invierno; cuando su sol deslumbrante y su perfumada brisa le hacen incomparable.

Toda La Ribera de San Javier está poblada de casitas, de chalets, de embarcaderos, de casetas de baño, que no alteran la belleza del paisaje. Lo Pagan (descubierto y empezado a poblar, hace años, por una ilustre cubana, la viuda del general español Cassola, Doña Carmen Arce) es más íntimo y más —permitasenos— selecto. Porque no hay en él, todavía, más que mar, tierra y cielo, para el regocijo de sus habitantes.

Comercio bueno no le falta, en lo que a lo alimenticio se refiere; y las comodidades —agua corriente, por ejemplo— que ya nos son indispensables, se ven compensadas por la esperanza de que pronto habrá quien las disponga con el buen sentido que el crecimiento turístico hace forzoso se lleven a efecto.

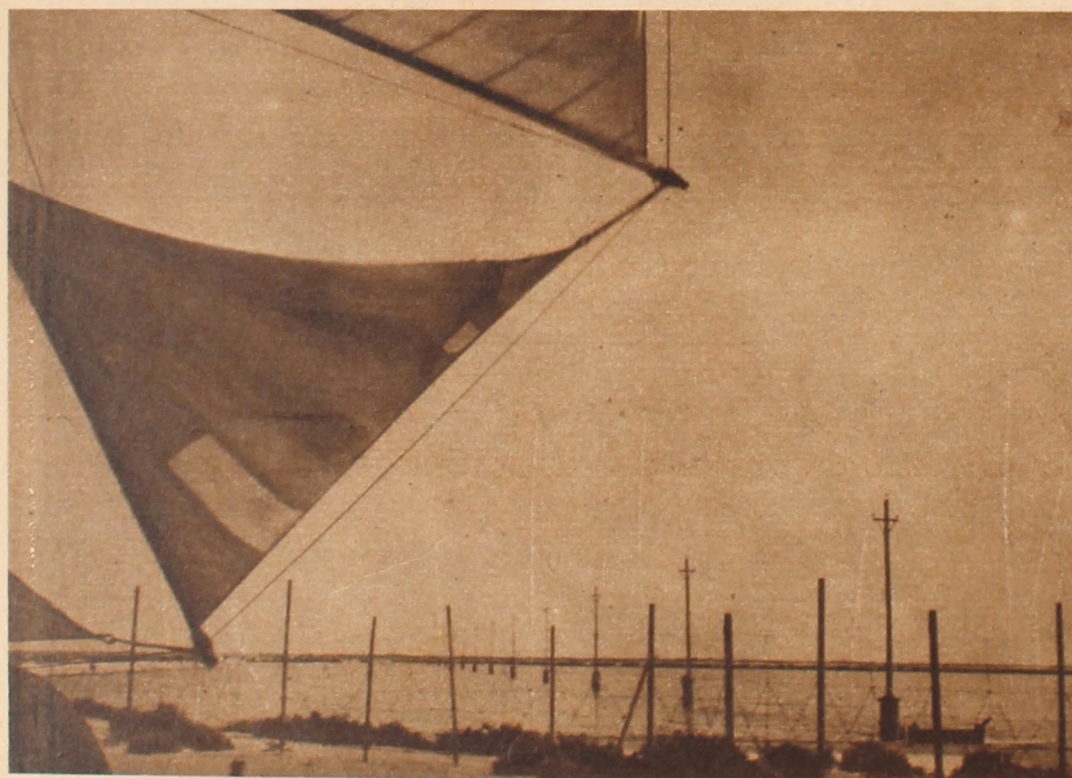
Yo vine cansada, hasta falta de sueño, y a la ventura. Conocía a la dueña de un magnífico Restaurante y Balneario, el Floridablanca, de otros pasos míos invernales por la orilla mediterránea, y a ella me dirigí. "Hágame sitio, Fuensanta, ahí", — le pedí por carta.

Desde Madrid, por la nueva carretera hasta el final, en un día caluroso, tardamos poco en un cochecito prudente; sin embargo, ya era noche al llegar. Y Fuensanta, agobiada de trabajo, no había resuelto en firme el alojamiento. Tres casas vimos, que no conquistaron mi difícil voluntad. Entonces Fuensanta decidió: "Váyase Ud. a mi casa. Está sola, entre pinos, cerca del mar. Hay silencio". Porque ella vive con su marido en el hotel flotante del Restaurante-Balneario, y no necesita la casa.

"Entre pinos, cerca del mar, con silencio"... Fuensanta me dio la llave del sueño, del reposo, de la dicha de estar fuera del pequeño tumulto veraniego. Y Fuensanta —seria, joven, armoniosa de palabra y de sobrios movimientos— me dispone la mesa con una sabia y juiciosa habilidad gastronómica.

Porque, amigos, aún no os he hablado de la pesca de Mar Menor; no os he nombrado al mujol ni a la dorada, estos raros e inapreciables prisioneros de la encañizada. El mujol es un pez magnífico, como la dorada, que cocinado por Fuensanta entrega sus más exquisitos dones al paladar.

De antiguo tiene fama "el caldero", arroz guisado con el agua condimentada donde mariscos y mujoles entregaron sus preciados jugos. Yo no como arroz nunca, y aquí, por Fuensanta, me he convertido al caldero con auténtico deleite. ¡Qué sinfonía de sabores marineros, qué delicia de mariscos y de (¡perdón por la fea palabra!) "cefalópodos", en el caldero! Jamás creí que yo escribiría el elogio del contenido del Mar Menor, sino del continente. Pero, tan arraigada fama tiene este contenido que de toda Europa vienen camiones frigoríficos y barcos, a comprar el pescado de Mar Menor.



Volando cara al agua.



La sombra del molino: sus aspas sobre la tierra.

Los italianos (dígalo la Empresa MONTI, de Milano), porque recuerdan que sus emperadores preferían este pescado, a todos; y los suecos, noruegos, alemanes, franceses, porque saben que merece el viaje. Y he aquí cómo en un rincón de España, lejos de toda propaganda, se realizan subastas de pesca importantísimas.

Hay, además, orillando el agua hermosísimos molinos de velas blancas, pequeños y robustos bergantines que navegan, anclados, en la manga de tierra que separa —que defiende— al Mar Menor del Mediterráneo extenso.

Yo os envío fotografías del "molino de Quintín", a cuyo cuidado lleva ya 55 años Aquilino Baño. Cerca está el "molino de Ezequiel", y los dos forman pareja que, como las palmeras, se comunican sus amores por el viento. Más allá, cerca —en el horizonte— de los faros de la isla de las Hormigas y Cabo de Palos, hay aún otro molino.

¡Qué gran fiesta de velas, sobre el agua y a la orilla suya, con balandros, barcas de pesca, y molinos blancos!

Paz como ésta, difícil va siendo en el país. Alberto, el Patrón Meño, amigos y conocedores de todos los secretos de Mar Menor, os hablan de la pesca, de las costumbres de los peces... Y Fuensanta guisa, y prepara, señorial y sonriente, la grata mesa para que con la mirada perdida sobre el mar, lo saboreéis sin interrupción!

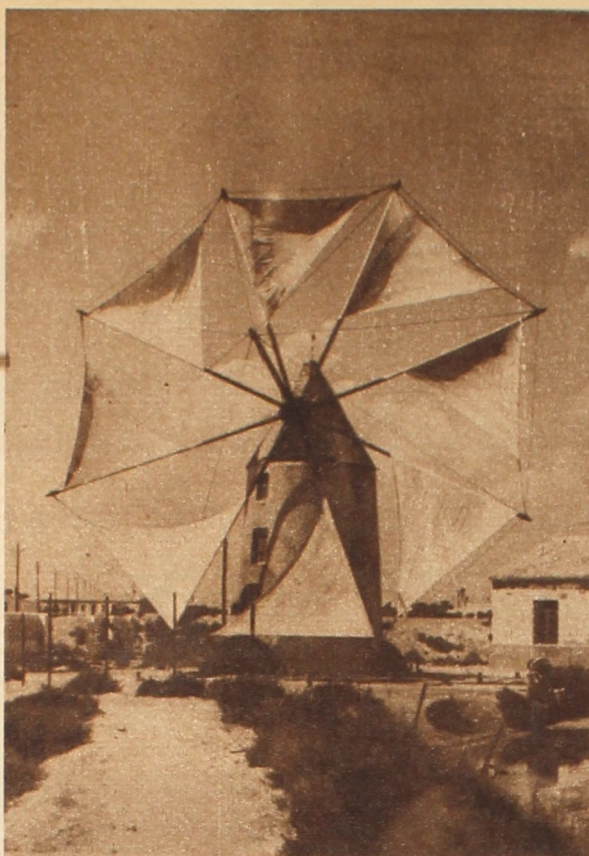
Venid a Mar Menor, y ya os acordaréis de estas notas que firma

Carmen CONDE.

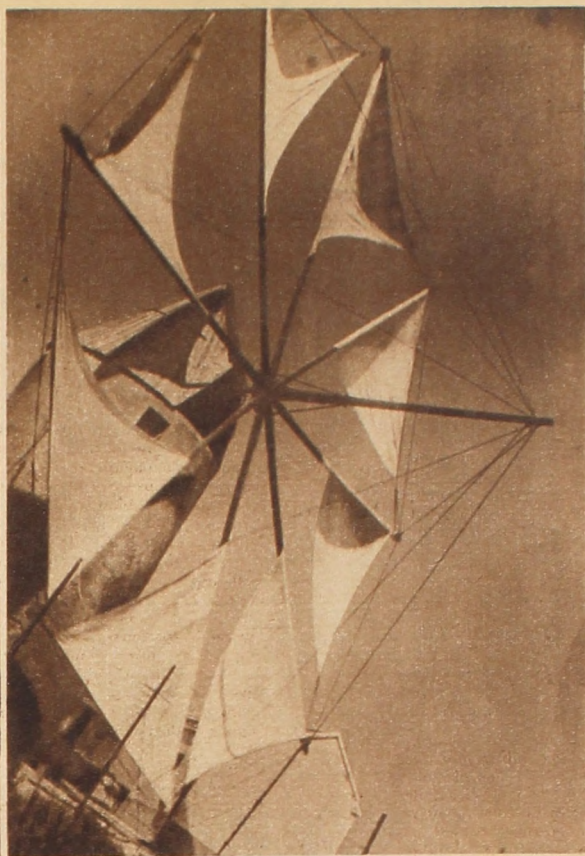
Lo Pagán, San Pedro del Pinatar, Murcia (Stbre. de 1959). ESPAÑA.

(Especial para EL DIA.

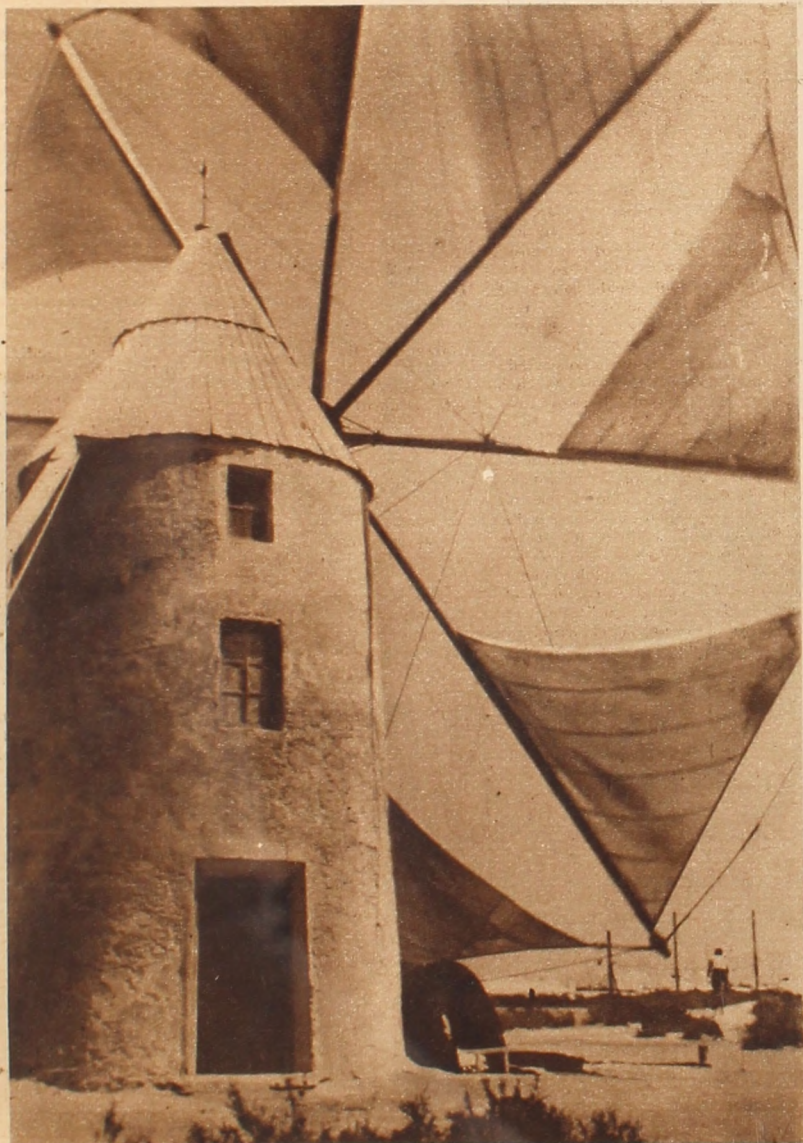
Fotografías de la autora.



En plenitud. "Rosa entre los dedos de Dios", de vuelo.



Una imagen sesgada.



Mar Menor: un molino de velas, el de Quintín, a la orilla del agua.

POLVO CREMA
MADERAS
MAQUILLAJE COMPACTO

ES UN MAQUILLAJE PERFECTO QUE DA A LA TEZ
UNA SUAVIDAD INCOMPARABLE Y UNA JUVENIL
DISTINCION ■ SE APLICA AL MODO
DE UN JUEGO FACIL, RAPIDO
Y DELEITOSO CON
RESULTADOS PRODIGIOSOS ■ SU USO ES
UN PLACER.

MYRURGIA



El perfil edilicio del centro urbano, que se extiende armónicamente en la península de Montevideo.

LA CIUDAD Y EL CAMPO — La valoración de nuestra evolución económica y social, se realiza a menudo por la oposición o la armonización de la CIUDAD y EL CAMPO — o, en otros términos — como interacción de los centros de Montevideo y de la Campaña, como los dos términos de la ecuación nacional.

Nos proponemos señalar — la relación y

sus consecuencias — de los dos centros, el CENTRO GANADERO y el CENTRO URBANO, en el enfoque de nuestra realidad

nacional, limitándonos en la presente publicación, a señalar la mecánica de su formación.

NUESTRA REALIDAD NACIONAL LA CIUDAD Y EL CAMPO

EL CENTRO GANADERO. — El proceso de nuestra colonización española, fue radicalmente distinto del común de América, fue necesario crear primero en el territorio, una riqueza que se expresara naturalmente, al margen del esfuerzo humano, para estimular, orientar y sostener a las primeras corrientes de penetración, en el medio que se resistía a su entrada.

Fue necesario que un movimiento colonizador de especiales características, que se reemprendió desde el Norte — partiendo del núcleo estabilizado de Asunción — animado por sangre criolla — Hernando Arias de Saavedra — a principios del siglo XVII, introdujera los primeros ganados y que desde la zona Sudoeste del país, se irradiara generosamente a cada hectárea de la pradera natural, como afirmación del nacimiento de una nueva producción, que había encontrado el máximo valor de radicación y de equilibrio ecológico.

Desde ese momento, el territorio oriental incrementó poderosamente su potencial económico y tuvo un claro y definitivo destino: sería, por los años, un país eminentemente ganadero.

El acceso desde el exterior para explotar la nueva riqueza, que se entregaba libremente, se efectuaba de casi todos los sectores periféricos, en un movimiento centrífugo de Buenos Aires y Santa Fe, de las Misiones del Norte y de Río Grande, en simples y difusos movimientos de penetración y retiro, sin estabilización del centro de operaciones, tras la riqueza de natural movilización y cuya posición origina fricciones y luchas que obliga posteriormente a un primario ordenamiento de las vaquerías, expresión mínima de la explotación de la nueva riqueza.

Buenos Aires otorga entonces permiso, para tales operaciones, a los núcleos organizados circundantes.

Así nuestra colonización, no se origina como los demás países de América a partir del núcleo urbano; en nuestro territorio el proceso se inicia en el campo. El hombre fue directamente al encuentro de la tierra.

Acaso inicien o participen en esas incursiones, que se van realizando cada vez más periódicamente, los mancebos de las tierras, los mestizos que fundaron ciudades y que alimentaron un marcado espíritu de rebeldía al español, porque en sus venas corría sangre india.

Y junto a ellos, el indio guaraní o tape, el mulato, los bandeirantes al Sur del Brasil — humildad de la escala social — fundiendo lentamente en el medio primitivo y bárbaro, los caracteres de la personalidad del hombre que empieza a sentir la atracción de la tierra, que practica la vaquería no del exterior al interior, sino del interior al exterior, que retorna a la querencia, donde la vida es libre, sin autoridades que impongan limitaciones o sanciones, en tierras no vedadas por la propiedad, donde a caballo van trazando a su antojo la senda, donde ejercitar la vida sin noción de tiempo y espacio.

Así se va gestando el hombre de la pradera natural, homogeneizando lo heterogéneo, a imagen de las tierras bravías, diestro en las lides ganaderas, viril en las contingencias de la vida, reacio a toda autoridad, que posteriormente asume el sentido de un irrenunciable concepto de libertad.

Como simples individualidades o minúsculos grupos, va marcando el gaucho su aparición en las postrimerías del siglo XVII en el territorio oriental.

Y los tres elementos, pradera, ganado y gaucho, que definen el CENTRO GANADERO en la continuada evolución de esas unidades, primero en su contenido social y después en su contenido económico, van señalando etapas fundamentales en la transformación económica y social del país.

Pero el CENTRO GANADERO — extendido a todo el territorio — ha de permanecer a través de esa evolución, con sus caracteres básicos, aun cuando el primitivo espíritu nómada, siga un lento devenir sedentario, que lo ha de llevar de simples centros operatorios, perdidos en la inmensidad del campo, al núcleo radicado familiar y social — patronos y peones — y a la posterior transformación en unidades económicas, cuando llega la hora del deslinde y cierre de los campos, señalando el advenimiento de las estancias.

RECUERDE U.D.

SOLUCIONA EL PROBLEMA DEL ESPACIO EN SU COCINA!!

MODERNA MESA PLEGABLE "JISSA"

ELEGANTE Y FINA TERMINACIÓN

EN VENTA EN LAS BUENAS CASAS DEL RAMO

ES OTRO PRODUCTO DE ESTABLECIMIENTO INDUSTRIAL Y COMERCIAL JAMIL ISSA YTU 1824 - TELEFONO 500261



Café El PAULISTA

Es bueno hasta la última gota!

PEDIDOS A LOS TELFS. 23472 y 200378

CAFE PURO

EL PAULISTA

31 SUCURSALES MOLIDO A LA VISTA



Comedor Americano en Nogal

Véalo en Mueblería SAN FERNANDO

18 DE JULIO 2133

Teléf. 40 52 97

Consulte por amoblamientos financiados



El monumento al héroe, Artigas, dominante en el cuadro urbanístico de la ciudad.

Pero los tres elementos básicos, estarán permanentemente en la base del CENTRO GANADERO, aunque el potrero señale un proceso creciente en la explotación de la pradera natural, aunque el ganado muestre los perfiles del mejoramiento zootécnico, aunque el gaúcho, después de un duro ejercicio de las armas de la patria, en la lucha de la independencia política y en las guerras civiles, se transforme en último término en el peón rural, humilde y diestro en las lides ganaderas, de retardada condición económica y social.

Mostrando los mismos caracteres de individualidad de antaño — acaso como sello de toda población —, reacio a las manifestaciones colectivas y a los movimientos cooperativos, sin las disciplinas como factor de cohesión social.

Y será de tal gravitación el CENTRO GANADERO, que en él estarán el principio y el fin, de las fases de prosperidad y crisis, que ha tenido el país.

EL CENTRO URBANO. — Más que por factores territoriales, los portugueses extendieron el dominio en las tierras al Sur del Brasil, en el apoyo y encuentro del Mar de Solis, llave del mayor sistema fluvial de América, ruta comercial a vastos y ricos territorios.

El establecimiento de los portugueses en la Colonia de Sacramento, llevó a los españoles la dimensión y gravedad del abandono de todo intento colonizador del territorio oriental.

Y surge entonces como una expedición militar y con claro objetivo militar, la fundación de Montevideo, en el año 1726.

Era ante todo, la expresión de un dique de contención a la expansión portuguesa, pero era además el asiento de la autoridad, que ya reclamaba la libre y anárquica economía de la campaña.

Montevideo fue un recinto amurallado, como pudo serlo en cualquier parte de su territorio, pero allí la fortificación tuvo también la misión — quizá la más importante — de la vigilancia y defensa de su bahía, abrigo de los navíos de los sectores más violentos del mar y de su profundo puerto de trasbordo y de recalada.

Ligaba así una doble función, sin la cual no hubiera sido lo que fue, el CENTRO URBANO, único, en confrontación del CENTRO GANADERO.

Hacia el interior del territorio fue expandiendo lentamente las bases de una organización incipiente, hacia el exterior, fue ligando el territorio a los mercados del mundo.

Y reflejó al exterior las condiciones de su puerto natural y accesos profundos con calados de 8,00 mts. en el encuentro del meridiano de Montevideo y los canales navegables, único en la condición de tal desde Santa Catalina hasta la Patagonia, en singular apoyo y protección al tráfico marítimo.

mo de plata y oro del Perú, que la Real Orden de Diciembre de 1770, determinó de arribada forzosa.

Apostadero naval del Río de la Plata, trasbordo para los barcos de calado en el creciente comercio para Buenos Aires, incluido en los puertos de primera categoría con prerrogativas fiscales, por Carlos III, en el Reglamento y Aranceles para el Comercio Libre de España y América, de octubre de 1778, único puerto autorizado para la introducción de negros, en los dominios de España, en la órbita del Plata, por Cédula Real de noviembre de 1796, que fueron señalando sus inmejorables condiciones náuticas, y jalón en las rutas marítimas azotadas por el temible pampero.

Sin la bahía y el puerto, Montevideo pudo ser la capital de una región; con la bahía y el puerto afirmó el concepto de autonomía, primero en la lucha con el puerto de Buenos Aires y la independencia después, del territorio oriental.

"Hay una lógica secuencia de puerto natural, la aldea, la ciudad, la capital y, en definitiva, el país."

Y si los primeros contingentes humanos para Montevideo provenían del tronco español, que fueron irradiados lentamente hacia el interior, en la formación de pequeños centros urbanos, en una nueva y homogénea corriente colonizadora, reacia a mezclarse con la anterior, muy pronto el Puerto orientó a Montevideo, una cosmopolita población, quizá como no tuvo en esa característica ninguna otra ciudad de América, en el período colonizador.

Y con ese sostenido aporte, ingresaron al CENTRO URBANO, nuevas costumbres y culturas, distintos estilos de vida, que fraguaron lentamente y modelaron el hombre de la ciudad, de acentuado espíritu liberal, abierto a las corrientes renovadoras del pensamiento, adaptado rápidamente al medio, luchando con denuedo en los muros de Montevideo, obrero de manualidades, pequeños engranajes de un desarrollado comercio que abarcaba toda la actividad del país, en fin, agricultor en los suburbios de la ciudad.

Montevideo define desde su primera formación, el CENTRO URBANO, concentrando población y funciones, nexo de relación con el exterior, afirmación de centro administrador donde convergen todos los caminos, transitados por pesadas carretas de eje de palo, donde debían irradiarse más tarde todos los ferrocarriles, donde debía desarrollarse, desde principios del siglo el movimiento industrial.

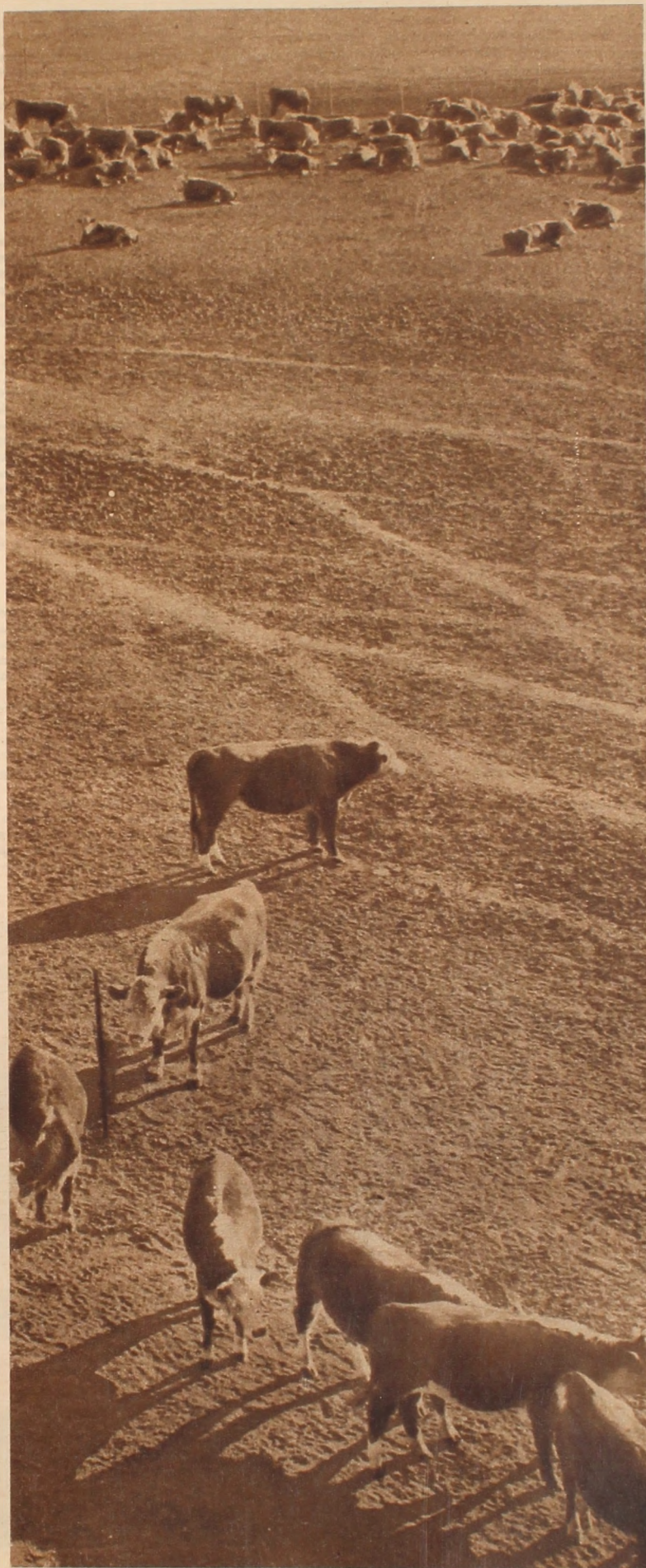
Así se estabilizan y se relacionan en el tiempo el CENTRO GANADERO y el CENTRO URBANO, con definidos y permanentes caracteres.

Son algo más que dos polos, como se ha señalado, son dos centros conjugados, el CENTRO GANADERO será la imagen y los requerimientos del mercado exterior, con

sus consecuencias económicas y sociales, el CENTRO URBANO, será la imagen y el requerimiento del mercado interno, con todas sus consecuencias sociales y culturales y cada uno de ellos reflejará en su área geográfica,

fica, todas las imperfecciones, todas las anomalías y contradicciones de la unilateralidad funcional.

Ing. JOSE L. BUZZETTI
(Especial para EL DIA)



La pradera natural, extendida prácticamente a todo el país, es elemento primario del Centro ganadero.



La riqueza básica del país, productora de divisas, está expresada en la exportación y producción de lanas.

María Eugenia, la otra, la misma

La primera edición de "La isla de los cánticos" apareció en 1925, un año después de fallecida la autora, y en 1956 la reimprimió la Biblioteca "Artigas" en una colección de Clásicos Uruguayos. Ese fue el magro pero sustantivo acervo poético en el cual cimentó María Eugenia Vaz Ferreira un largo prestigio, nimbada por su leyenda de mujer solitaria, de defendida intimidad, de tristeza arriscada, y vehemente en su lirismo metafísico. Desde 1925 hasta hoy, un paréntesis de expectativa se cernía sobre su obra, por saberse que buena parte de ella estaba inédita, por haberlo dispuesto así al borde de su muerte. Además de los poemas que se recogen en "La isla de los cánticos", la colaboración frecuente en revistas de la época y algunas obras de teatro en verso, como "La piedra filosofal", "Los peregrinos", "Resurrexit", le dieron gran popularidad entre sus contemporáneos y la señalaron como escritora de relieves notorios en la literatura novecientista del Uruguay. Tenía su voz reciedumbre y melancolía, personalidad genuina, y el sello indudable del talento. No fue necesario más, en el escenario donde hasta ese momento, las manos de mujer sólo habían pulsado la ya exhausta lira castellana, atendida a moldes convencionales, sin contenido creador, como en el caso de Petrona Rosende de la Sierra, poetisa de las horas del coloniaje.

María Eugenia se empujó en su vida interior a gustada y trascendente, para culminar en poemas como "El ataúd flotante", de patética confidencia, o en su apasionada invocación a la noche, hermana suya en la eternidad de su silencio. No conoció el halago del libro impreso, que si tuvo Delmira Agustini; y ninguna de ellas llegó a paladear, como Juana, la miel dulce y áspera de la gloria en vida. Las tres poetisas uruguayas que suelen agruparse en el apresuramiento de los cotejos, no fueron en común sino la ausencia de una cultura disciplinada, pues priva en ellas lo autodidáctico. Es la sola similitud de sus destinos. El de María Eugenia deja el sabor nostálgico de la frustración secreta.

Treinta y cuatro años más tarde, "La otra isla de los cánticos" (Montevideo, 1959) saca a luz un puñado de composiciones de imprecisa cronología que, si poco añaden al nombre de María Eugenia, históricamente ubicada desde hace tiempo en su plinto de precursora lírica, sirven para ensanchar el conocimiento de las emociones en cuyo registro vibra la misma sensibilidad herida que evidenciaba el poemario de 1925. Amplía el horizonte de aquella "isla" primera, circunscrito a una treintena de poemas, con los setenta y uno que integran este volumen. El argumento esencial de su poesía, vertebrada en los renunciamentos, es el amor y el dolor que desgarran el alma, la anécdota sentimental inevitable, padecida desde la sangre, la insomne resignación, y a ratos la rebeldía feroz de la inadaptada. De un libro al otro, casi siete lustros detenidos reanudan el hilo de una inspiración que tiene caudal y majestuosidad, y que sin revelar novedades esenciales, ratifica la vigencia de María Eugenia Vaz Ferreira en la historia de la literatura nacional.

Porque "La otra isla de los cánticos" presenta, en suma, la misma y perdurable presencia poética.

(Especial para EL DÍA.)

Dora Isella RUSSELL.

SECRETO REAL

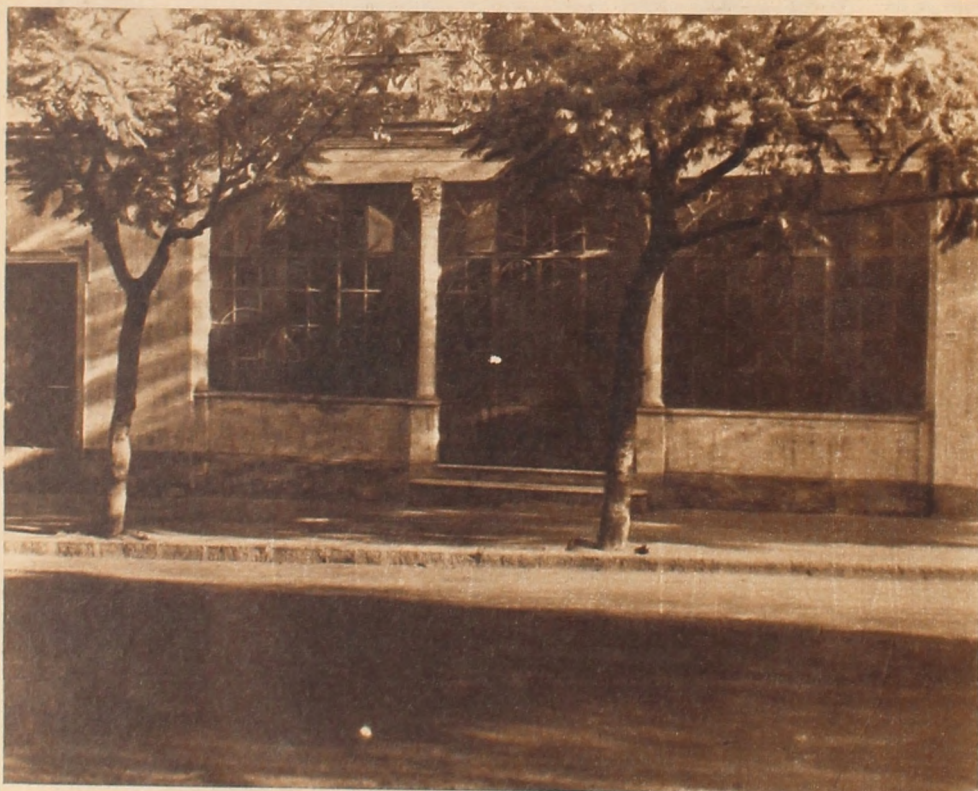
Despiértate y escúchame, vengo en la noche umbría
a decirte un secreto de tristeza y de amor,
soy la voz que adorara tu antigua fantasía,
soy el águila aquella que por un breve día
hizo nido en tus brazos sobre tu corazón.

Aquella que cazaste con tu armonioso canto
y le diste por cárcel el hueco de tu pecho,
donde se confundieron tu gloria y mi quebranto,
donde bebí por agua la que goteó tu llanto
e iluminé mis sombras al sol de tu desecho.

Te acuerdas de nosotros, aquel tiempo divino
que pasamos unidos sobre la tierra ingrata,
izamos a la vida nuestro fugaz destino
lanzando a las tormentas un resonante trino
prendiendo en los glaciares una ferviente llama.

Sobre un tierno regezo, oh! q' é bien se reposa
qué mórvida en tu pecho durmió l'ánima mía
cabe el fraterno ritmo de tu sangre amorosa
palpitando a mi oído como una viva rosa,
fecunda y surtidora de una esencia infinita.

Oh noches melodiosas, fantásticas y bellas,
blancas lunas que envuelven en su velo nupcial.
Oh cielos coronados por tálpidas estrellas,
sidéreas confidentes de idilios y querellas
que ag' ardan temblorosos el beso de la paz.



Casa paterna, en la calle Buschental, (Prado) donde nació María Eugenia.



Sonrisas florales sobre la ágreste alfombra,
abeja del crepúsculo que zumba en los pinares,
cuando pasan dos soles envueltos en la sombra
y en el silencio sacro de lo que no se nombra
las palabras se hunden replegando sus cálices.

Miraje esclarecido con glorias soberanas,
fuego paradisiaco a cuyo resplandor
se queman de los mundos las mariposas vanas,
y sobre los altares las esfinges humanas
suspenden la quimera de su interrogación.

Perfume embriagador, deslumbradora gema,
cuyos reflejos donan la beatitud profunda,
arpa que rumorea su mágico poema,
ofrenda milagrosa en ánfora suprema
donde bebimos juntos la miel de la ventura.

Mas ya me torturaban rebeliones extrañas,
mis alas no cabían en su estrecha prisión,
arañaba los muros con mis garras la raña
mis torvos aletazos golpeaban tus entrañas,
se desprendió tu abrazo y el águila voló.

Voló con rumbo incierto hacia una arcana esfera
donde por un destino recóndito y fatal,
para templar mis fibras a su arrogancia tiera,
como a todas las hijas de mi raza altanera,
me amamantó en su sangre la madre libertad.

La que lleva en los hombros las púrpuras reales,
aquella brava madre cuya soberbia osó
arrear sobre las cumbres sus pendones triunfales,
derribar en la tierra los sacros pedestales,
p' lverizar los dioses y combatir con Dios.

Me arrebatan los ímpetus del numen visionario
cuyo vibrante empuje no se puede abatir,
y siento desplegando mi afán imaginario
el trágico atavismo del cóndor solitario,
que aventan las nostalgias de un piélago sin fin.

El piélago desierto de donde vengo ahora
con tristes remembranzas cansada de volar
recordando tus besos, tu voz arrulladora,
y las fragantes rosas que en la terrena flora
daban para nosotros su ardor primaveral.

Mírame con tus ojos... un tiempo fueron míos
sus frescos y rítoros y sus radiantes faros
entro mis alas gélidas como nidos vacíos,
sún rutilan tus lágrimas en húmedos rocíos
que no pudo secar la hoguera de los astros.

Y déjame volver si en las diversas horas
me dejan a tu lado algún rincón desierto,
me iré cuando en las fiestas que alegran tus auroras
te ríen las pupilas y las bocas sonoras
a donde sólo cabe la ciencia de los besos.

Hija de un gran destierro, yo quiero solamente
que cuando sienta frío de eterna soledad,
entre tus tibios brazos pueda esconder mi frente
y que por un instante arriles dulcemente
en tu ventura anónima mi tristeza inmortal.

YO SOY LA DIOSA

Yo soy la Diosa
yo soy la Diosa
lanzo a mi anteojo
ráfagas de auroras
Yo soy la Diosa
idilios dulces, se
lentos de aromas
cuando florece la
Yo soy la Diosa
Yo dicto al bardo
cuando la noche
cubre su frente de
Yo, silenciosa, c
Toco sus labios,
y espazo en ella
y los inflamo con

Oh bardo mío!
de apariciones d
cuando en los g
el sacro ajeno
Orlan la espuma
que entre las so
surcan el ritmo
como bandadas
En torno t' yo,
hace su espuma
destumbradoras,
de bayaderas, y
Y tú embriagado
del coro inmen
Brotan estrellas
un viento extrañ

Yo soy la musa
que como el có
Yo enciendo arr
yo enciendo abaj
Yo tino de oro,
de las riberas,
Yo abro y despl
los azahares de
Yo hago a' roral
de los olivos, de
con el perfume
con la miel rubia

Tú, Primavera, qu
tú que repones y
tú que redimes de
cuando del árbol

tú que devuelves
lumbres del iris
y cuando asoman
yergues las hojas



Expresiones de diversas épocas.

LAZULAS AZULES, DIAFANAS CALMAS

azules, diáfanas calmas;
tremendas, pálidas iras;
y sombras sobre las almas;
huracanes sobre las liras.
Esperanza. Yo dicto al bardo
ardientes, himnos risueños,
miendo y rosa, de malva y nardo
estrella de los ensueños.
Nostalgia. Yo soy neurótica.
que surgen como áquilonas,
esengño, noche caótica,
proscrito, con sus crespones.
de su alma se va el sosiego,
mudezco, los aletargo;
píolos de orgía, llenos de fuego;
divina de ajeno amargo.

II

la Diosa que amante puebla
alas tu alma sombría,
de sus azules mares de niebla
en triunfo tu fantasía.
sacro ajeno los soles blondos
crepusculares del cielo opaco,
misteriosos compases hondos,
labios de oro, por el zodiaco.
un enjambre de ágiles garzas,
al ritmo de alegres liras,
finosas, raudas comparsas
cantes, y de hetairas,
as al Numen, cantas la copla
himno eterno de los edenes.
o de tu alma. Desciende y sopla
apocalipsis sobre tus sienes!

III

ardo excelso, de las inquietas
late y empuja los huracanes.
nebulosas y los planetas;
corazones y los volcanes.
salo y nieve las mariposas
colinas y los oteros.
para los nimbos de las esposas,
se cuajan los limoneros.
n la lejana trémula orquesta
laureles y de las palmas;
miosotis de la floresta,
el primer beso vierte en las almas.

PRIMAVERA

es la diosa de los retoños,
ardeces las hojas secas,
escarchas de los otoños
en marchitas las ramas huecas;
igorizas las perfumadas,
los viejos cálices muertos,
el oriente las alboradas
los pimpollos recién abiertos,

tú que serenas las aguas claras como cristales
de los arroyos y las corrientes de las barrancas,
y luego tuerces las ramas duras de los saúzales
para que besen con más donaire las ondas blancas;

y desparramas el rubio trigo junto al tejado
donde se escuchan tiernos gemidos arrulladores,
y se lo ofreces a las torcazas seco y dorado
para que tejan el dulce nido de sus amores;

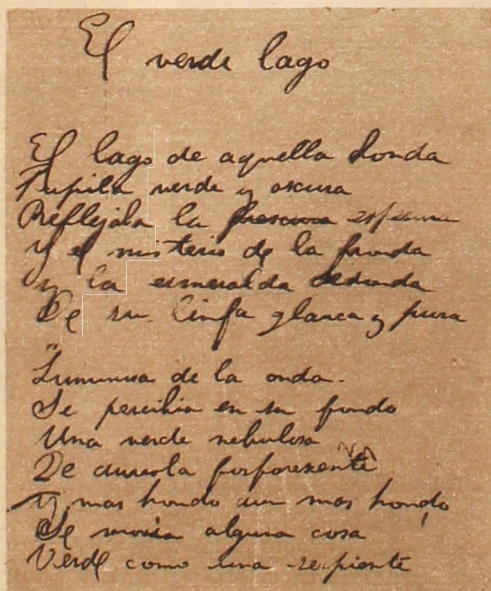
tú que en las tardes haces que crucen las rumorosas
brisas serenas junto a las dalias mustias y ajadas,
y desparramas tibio perfume sobre las rosas
para que duerman las mariposas tornasoladas;

y das efluvios para las auras primaverales
y mientras viertes el rico pomo de tus colores
llenas de savia las flores rojas de los corales
donde aleteando beben su néctar los picafltores;

tú que matizas en las lucientes horas tempranas
los arco iris, las nubes blancas y purpurinas
cuando en el cielo resplandeciente de las mañanas
revolotean pardas bandadas de golondrinas;

y con susurros de brisas dulces como aleteos
despiertas aves en las nocturnas horas calladas
para que suelten las melodías de sus gorjeos
entre el silencio de las florestas embalsamadas;

tú con la lumbre de tus lucientes albores rojos,
con tus reflejos y la riqueza de tus colores,
no eres tan bella ni brillas tanto como los ojos
donde florece la Primavera de mis amores.



Reproducción facsimilar de la poesía
"El verde lago".



Estela recordatoria, en el Prado, con una poesía de María Eugenia esculpida en el granito.

OH, QUE AMANTE TAN PALIDO...

Oh qué amante tan pálido me reservó
[la suerte!
El más bello y más sabio de todos
[los humanos,
fiero como la vida, dulce como la muerte,
lleno de ciencias raras y mágicos arcanos...
Me agarra con sus ojos, me mira con sus
[manos
de una manera intensa perturbadora y fuerte.
Me estrechan y me angustian los círculos
[insanos
de la gran onda eléctrica que su presencia
[vierte.

Quién intundirle pudo ciencias tan
[sorprendentes,
resortes tan sutiles, influjos tan potentes?
Quién intundirle pudo tan hondas
[seducciones?
De todos mis secretos, todas mis emociones,
todas mis incoherencias, él posee la clave
oh mi pálido amante, terriblemente suave!

VEN Y SIENTATE A MI LADO

Ven y siéntate a mi lado,
que un sueño triste he tenido.
Pon mis manos en las tuyas
como siempre, y di, bien mío,
alguna dulce palabra
bien cerquita de mi oído.

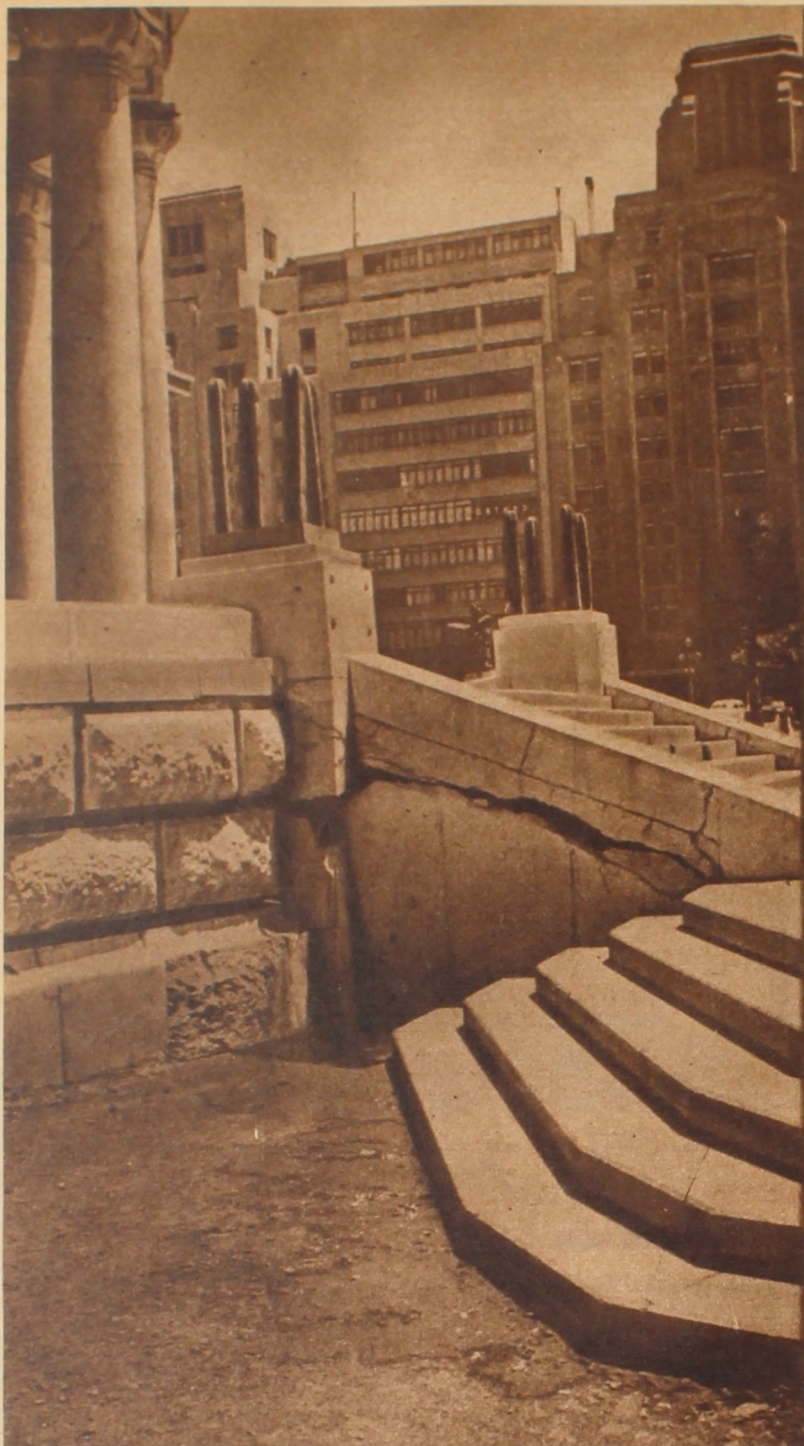
Dentro la estancia no turba
nada el silencio infinito,
por afuera, sólo el viento
con el lúgubre gemido
de sus ráfagas, que azotan
de mi ventana los vidrios.
La noche vertiendo brumas
en el espacio sombrío

que surcan las aves negras
de entreabierto y corvo pico
lanzando al aire el misterio
de su fúnebre graznido.
Luego, las blancas siluetas
de cambiantes sugestivos,
la forma densa y sin fondo
que se cierne en los abismos,
y por último, la muerte
disfrazada de tu olvido.

Ven, y siéntate a mi lado
que un sueño triste he tenido;
pon mis manos en las tuyas
como siempre, y di, bien mío
alguna dulce palabra
bien cerquita de mi oído!



La madre de la poetisa, doña Belén Ribeira, con el doctor Carlos Vaz Ferreira.



Aspecto del teatro de las Bellas Artes, el pesado edificio de mármol, uno de los que ha sufrido más visiblemente los efectos de la contracción del subsuelo.

MEXICO, UNA CIUDAD QUE DENTRO DE CINCUENTA AÑOS PODRIA SER LA CAPITAL MAS EXTRAVAGANTE DEL MUNDO

MEXICO, (P.L.). — En el mes de setiembre se reunió en esta ciudad el Primer Congreso Panamericano de Mecánica de Suelos y Cimentaciones. Se explica que este evento científico tenga su sede en México, por las características peculiares de la antigua ciudad lacustre de los aztecas, que han obligado a sus habitantes a forzar su imaginación y su capacidad creadora para resolver los difíciles problemas que ofrece el subsuelo del valle de México para la cimentación de una ciudad moderna. La metrópoli mexicana es un campo magnífico de investigación y un arsenal de ejemplos desconcertantes. Uno de ellos: el edificio de la Cia. de Seguros La Latinoamericana — 25 mil toneladas, 40 pisos, 300 metros de altura — que flota literalmente sobre la masa de atole negro que forma el subsuelo de la ciudad.

La gran Tenochtitlan fue fundada por los aztecas en un pequeño islote porque en aquel lugar encontraron el águila parada sobre un nopal devorando a una serpiente, signo mítico que pondría fin a su larga peregrinación. Luego, en una larga lucha en contra de las tribus y sobre todo en contra del agua que los circundaba, lograron construir su imperio y su metrópoli, la gran Tenochtitlan, que por las descripciones que nos legaron los cronistas de la conquista y la visión alucinante que nos dejó Diego Rivera en uno de sus murales, debe haber sido una de las ciudades más bellas entre todas las que se levantaron en el pasado remoto.

El error fundamental de los conquistadores fue su empeño en construir la nueva ciudad española exactamente sobre las ruinas de la vieja ciudad azteca. Cortés quiso sepultar una cultura pagana bajo los cimientos de la nueva civilización cristiana, de manera material, no simbólica. Sobre el gran teocalli azteca se levantó la catedral metropolitana, la más grande y bella de América; y los antiguos canales de la Venecia azteca fueron convertidos en calzadas y avenidas.

Los resultados de aquellos errores los estamos sufriendo ahora los habitantes de la ciudad de México. No impunemente se trató de burlar las leyes de la naturaleza. Por espacio de siglos México luchó contra el agua. La primera gran inundación de que se tiene memoria fue la de 1446. Después, una detrás de otra, se registraron una serie de catástrofes (en una de ellas murió el rey Ahuizotl) provocadas por el desbordamiento de los cinco lagos sobre la ciudad. Para salvarla, el rey Netzahualcoyotl construyó el famoso albardón (de que aún quedan restos) obra admirable de la ingeniería indígena del siglo XV.

DESECACION DE LA CUENCA. — Los conquistadores heredaron el problema del agua. Para resolverlo de manera definitiva decidieron vaciar la cuenca cerrada. En 1607 Enrico Martínez construyó el tajo de Nochistongo. Los grandes y hermosos lagos — Xaltocan, San Cristóbal, Chalco, Texcoco y Xochimilco — vaciaron sus aguas en el

Golfo de México a través de los ríos Moctezuma y Pánuco, y se inició entonces el proceso de desecación del valle de México.

La ciudad quedó asentada sobre un lecho de "jaboncillo", una materia compuesta de un 94 % de agua y el resto de sustancias relativamente sólidas. Según el Ing. José A. Cuevas, uno de los hombres de ciencia que han estudiado con mayor asiduidad el problema del subsuelo del valle, en los tiempos más remotos, hace miles de años, sobre el valle de México flotaba permanentemente una espesa nube de humo proveniente de las frecuentes erupciones de los volcanes que lo circundan. Ese humo se mantuvo flotando sobre la cuenca cerrada hasta que las lluvias, poco a poco, lo fueron arrastrando a la superficie terrestre. Esas cenizas finísimas forman la capa principal del subsuelo de la cuenca. Así, pues, no se habla en metáfora cuando se afirma que la ciudad de México flota sobre una masa de humo volcánico estratificado en el subsuelo.

La ciudad se mantuvo así, flotando sobre su masa de humo, sin mayores problemas, por espacio de siglos. Las dificultades se iniciaron después de 1910. La ciudad tenía entonces 700 mil habitantes. La revolución provocó una gran corriente demográfica hacia la capital hasta alcanzar, en la actualidad, la cifra de 4 millones de habitantes.

Esto se tradujo, en primer lugar, en mayor consumo de agua. El líquido con que contaba la ciudad (para 700 mil habitantes) resultaba insuficiente para los cuatro millones. Se hicieron nuevas obras de captación, pero aún así más de la mitad de la población seguía careciendo de agua; tuvo que recurrirse entonces al expediente de sacarla del subsuelo perforando pozos artesanales, de los cuales se obtienen 9 m.3 por segundo.

Al mismo tiempo las exigencias de una ciudad moderna condujeron al perfeccionamiento de los sistemas de drenaje y pavimentación de áreas cada vez mayores, de manera que el agua sobre la superficie de la ciudad era conducida por las atarjeas al gran canal de desagüe, eliminando cada vez más las filtraciones. El resultado fue la deshidratación progresiva, el enjuntamiento y contracción de la masa acuosa del subsuelo, que se acentuó bajo el peso de las grandes y pesadas construcciones modernas.

A principios de siglo la metrópoli se hundía dos centímetros por año. En 1952, que fue el año en que el fenómeno hizo crisis, el hundimiento era de 80 centímetros y en algunas zonas hasta de un metro por año. Las terribles inundaciones que por entonces se registraron en la capital obligaron a las autoridades a enfrentarse al problema y estudiarlo a fondo. El aviso dramático que alguna vez había hecho el Ing. Cuevas de que la población de la ciudad de México perecería ahogada por las aguas negras del canal del desagüe (cuyo lecho tiene en la actualidad dos metros por encima del nivel de las calles de México) no provocó ya son-

Sin precedentes

Gran surtido de sobrios y distinguidos juegos de hierro forjado para jardín e interior

Regia hamaca, con tapizado en tela indeleble, gran variedad de colores.

San Telmo
PABLO DE MARIA 1429 frente a CARAPE
Tel. 604553

VENTA DE PLANTAS PARA INTERIORES

Solicite Catálogo Gratis



Aspecto de la calle 16 de setiembre (a dos

SE HUNDE

risas sino preocupación. El hundimiento había ocasionado la rotura y dislocación del drenaje y las aguas negras brotaban ya por las coladeras.

El peligro se ha conjurado, en parte, mediante el establecimiento de estaciones de bombeo para elevar el agua desde las zonas bajas al lecho del gran canal del desagüe. Pero el hundimiento continúa. En la actualidad, según los datos oficiales obviamente optimistas, es de 30 centímetros por año. ¿Qué dirían de eso en Londres donde pusieron el grito en el cielo al saber que su ciudad se hundía un promedio de seis milímetros por año?

LEYENDA Y REALIDAD. — Algunos cronistas de la conquista suponen que el tesoro de los reyes aztecas, cuyo secreto no pudo arrancar Cortés a Cuauhtemoc, pese al tormento vil, fue escondido en el fondo del lago de Texcoco. La ambición de algunos políticos de épocas relativamente recientes, logró que el gobierno del Gral. Plutarco Elías Calles autorizara la desecación total del lago. Se suponía que al desecarse el lecho, el peso del tesoro provocaría agrietamientos que denunciarían el sitio en que había sido arrojado. El lago, que tenía entonces una profundidad de treinta metros, fue vaciado. El tesoro no se localizó, pero la ciudad predece ahora el azote de las tolvaneras (tormentas de un polvo finísimo que los vientos levantan del antiguo lecho del lago) que envuelven la ciudad en una niebla espesa y acre.

La realidad es que el fantástico panorama que contempló Cortés desde el lugar que es hoy San Lucas Xochimilcas, la gran Tenochtitlan y sus cinco lagos, es actualmente una planicie desolada con unos cuantos manchones de árboles como pequeños oasis en un desierto en formación. La tala inmoderada de los bosques ha contribuido a agravar el problema.

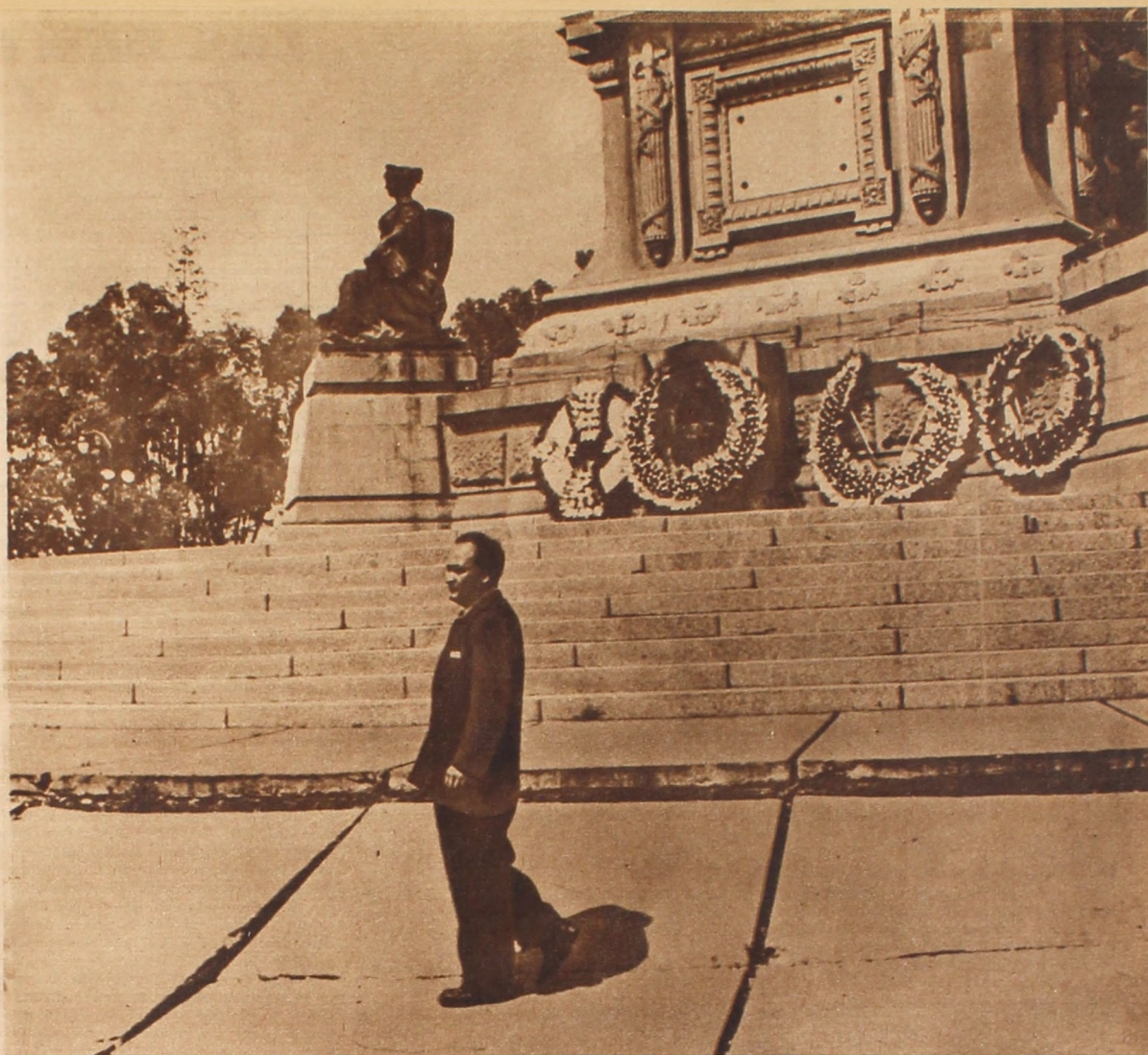
La ciudad ha vivido en una permanente paradoja trágica de lucha contra el agua o por el agua. Los estudios técnicos realizados conducen a la solución única: evitar la deshidratación del subsuelo para lo cual se acaba de prohibir la perforación de más pozos artesianos y la creación de nuevos centros urbanos de población. Se sugiere, asimismo, desglosar la metrópoli en cinco ciudades satélites de un millón de habitantes como máximo cada una, porque de continuar el actual ritmo de crecimiento demográfico, dentro de 20 años la ciudad contará con 10 millones de habitantes, lo que agravaría espantosamente todos los problemas urbanísticos, particularmente el de la dotación de agua.

De no contenerse el proceso de hundimiento, dentro de 50 años México será la ciudad más extravagante del mundo: los edificios cimentados sobre pilotes habrán crecido veinte o treinta metros, en tanto otros, con sistemas conservadores de cimentación, se habrán hundido en la misma proporción.

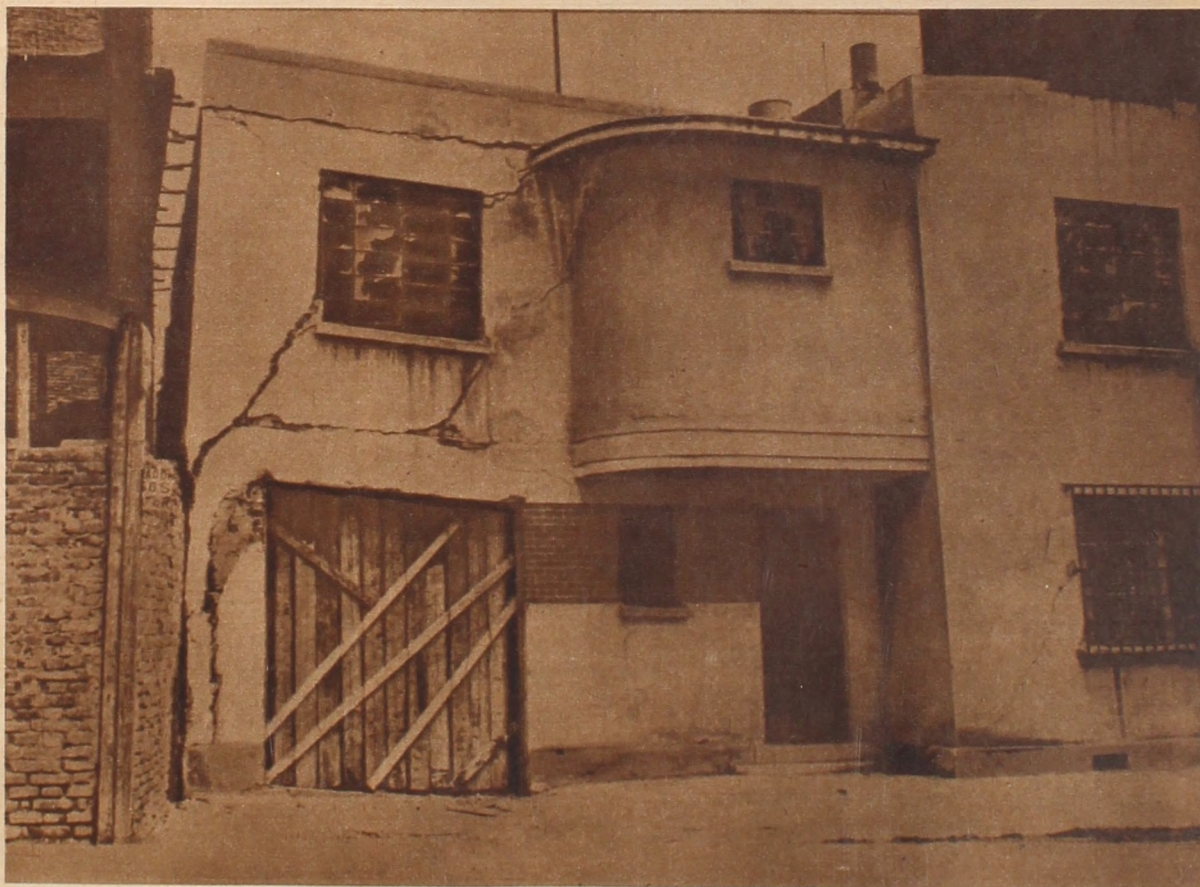
De allí la importancia que tiene para México, particularmente, el congreso sobre Mecánicas de Suelos y Cimentaciones que se realiza en estos momentos.

Mario GILL
(Especial para EL DÍA)

(De "Prensa Latina")



La columna de la Independencia, en el Paseo de la Reforma, ha crecido cerca de cuatro metros al bajar el nivel de las calles.



Otro de los edificios destruidos por el hundimiento.



cuadras del zócalo) durante las inundaciones de 1952.)

LOS DESCUBRIMIENTOS DE MACHU PICCHU



Al fondo el Huaynapichu, guardián incansable de la ciudadela blanca.
(Foto del autor.)

CUANDO se habla de Machu Picchu, sale siempre a nuestro encuentro una sensación de misterio indefinible a la vez que ocupa nuestra conciencia una visión de imponente grandiosidad. Sentimos entonces como si la ciudad sagrada fuera algo carga-

do de presagios y de silencios preñados de cosas extrañas. Pero un día ha de llegar en que dejemos de ver los maravillosos templos, los palacios y los mausoleos, para ver la parte ciudadana de la orbe sagrada, es decir, las habitaciones de los hombres que

la poblaron y las escaleras por donde los agricultores se dirigían diariamente a los cientos de andenes cuyas tierras producían el sustento diario.

Sin embargo, aún al estudioso resulta difícil poder desprenderse del aire de secreto que se desliza por entre sus calles, de esa especial sensación que el blanco granito, cuya proveniencia constituye en sí misma otro misterio, transmite a nuestra piel.

Ahora que la vegetación exuberante que la cubría ha desaparecido, que un hogareño césped tapiza sus calles y andenes y que hermosas frutillas brotan en profusión en primavera, intentaremos auscultar la ciudad y averiguar el porqué de su misterio. Tocaremos sus muros una vez más, andaremos hasta rendirnos por sus interminables escalinatas, la miraremos de cerca y de lejos, dormiremos en las humildes casas de los campesinos, en un templo sagrado, en el Palacio del Inca y veremos cómo nace y muere el sol en ella.

La experiencia se realiza y el misterio se devela. La belleza natural del paisaje y las creaciones del hombre, rivalizando entre sí, son la causa de ese halo sorprendente que envuelve la ciudadela.

Cuando el sol le brinda sus primeros rayos en cada amanecer, luce en todo su esplendor la calidad tornasolada del blanco granito extraído de secretas canteras y transportado por el hombre hasta las altas cimas y cuando se oculta, sus últimos rayos se filtran a través del follaje de la vegetación tropical que cubre los cerros circundantes y la ciudadela queda entonces, durante unos momentos de encantamiento, iluminada por una verde reverberación. Luego, el blanco grisáceo de sus paredes languidece junto con el día. El embrujo ha sido descubierto y no por ello dejará de cautivarlos.

Machu Picchu, el Cerro y la Ciudadela, se encuentran dentro de una hacienda llamada Cutija en cuyos planos primitivos figura el cerro y el nombre con que se designa hoy a la ciudad. Hace tres siglos esta denominación era ya conocida y muchos la habrán repetido pero únicamente para designar un monte entre los muchos que posee la hacienda.

Plateriyacocc es la palabra mágica que

desde hace algunos siglos se emplea para nombrar a las ciudades secretas que se hallan en la región. Porque no sólo existe Machu Picchu. Luego de su descubrimiento los especialistas de la Universidad de Cuzco han hallado otras más en la zona del Vilcanota, algunas de las cuales son de mayor tamaño, de edificios más complicados o poseen obras más refinadas, pero ninguna tiene el encanto de Machu Picchu.

Aparte de las leyendas que existían y aún existen y que siguen moviendo a los aventureros en busca de Vicos, la ciudad sagrada de un imperio desaparecido, la más rica y deslumbrante entre las "Plateriyacocc", se tenían noticias positivas sobre la ciudad sagrada desde fines del siglo pasado. Las referencias llegaban, pero se les prestaba bien poca importancia. Sin embargo, la leyenda no sólo movía la imaginación, sino que también movía los cuerpos y fue así como se organizó una primera expedición en su busca. Los que emprendieron la aventura fueron los colonos de la hacienda Colpani, pero no lograron dar con la ciudad. Algunos años después se retomó la empresa sobre la base de una mejor organización y con la ayuda importante de un buen respaldo económico y la leyenda bajo el brazo, partieron desde Cutija, para perpetuarse en la historia, los descubridores de la ciudad sagrada. En los primeros días de la segunda quincena del mes de junio iniciaron la búsqueda Enrique Palma, Agustín Lizárraga y Gabino Sánchez, acompañados de un baqueano del monte y de cuatro indígenas que debían abrirles el camino buscando el lugar donde oraban sus abuelos. El día 14 de julio del año 1901, siguiendo la ruta que más tarde se denominaría de San Miguel —la más peligrosa y hoy olvidada— llegaron al más esplendoroso y completo monumento que como ciudad antigua tiene el mundo. Muchas otras ciudades enterradas en plena selva del Vilcabamba habían visto estos hombres durante sus viajes; sin embargo, esta vez quedaron hechizados por la belleza de la piedra blanca y el aire que corre por sus calles. El encantamiento comenzó a surtir su efecto a pesar de que la ciudad estaba totalmente cubierta por la vegetación selvática de la zona.

Nº 108

**OBRAS
MAESTRAS**

Don
CARLOS REYLES

I. ZULOAGA

Dpto.
OTTO KOCH



Las escaleras se suceden interminablemente. El granito es duro, pero igual el hombre ha dejado su huella. (Foto del autor.)

Diez años más tarde, Hiram Bingham, el ilustre profesor de Historia de Sudamérica de la Universidad de Yale, llegó hasta ella con un equipo de especialistas, con el fin de realizar un trabajo notable, para honra del país que los enviaba y para gloria de los hombres que a partir de entonces pudieron admirar la más preciada de las joyas arquitectónicas que nos legaron las culturas precolombinas.

Es preciso señalar que Bingham no llegó a Machu Picchu contando con el relato de sus primeros descubridores sino que redescubrió la ciudadela por sus propios medios, empujado por su amor a todo lo desconocido del pasado americano.

Parecería que julio desempeña un papel importante para Machu Picchu ya que en ese mes y en 1911, Bingham, luego de recorrer la hoya del Vilcanota y los valles aledaños, acampó al finalizar su avance en Mandorpampa, donde conoció a un colono que era un modesto agricultor llamado Melchor Arteaga, quien en retribución de los objetos que recibiera como obsequio del explorador, le contó de la existencia de una ciudad en la cima del Cerro. El sabio arqueólogo sin más trámite que esperar el alba siguiente, inició la ascensión por demás peligrosa del Cerro de Machu Picchu. Le acompañaban Carrasco, un sargento de la Comandancia de Cuzco, dos indígenas y es muy probable, aunque no se sabe a ciencia cierta, que fuera con ellos el agricultor Arteaga.

El 24 de julio de 1911 llegaron a la ciudad donde encontraron a dos personas que moraban en ella, cultivando algunos de los milenarios andenes. Se trataba de dos indígenas llamados Recharte y Alvarez.

Bingham, mediante la solidez científica que lo caracterizaba, logró interesar a los dos ejes motores de las grandes expediciones norteamericanas, la Universidad de Yale y la Sociedad Geográfica Nacional de los Estados Unidos, formando de esta manera la expedición extranjera mejor equipada intelectualmente que había trabajado en el Perú.

El resto de la historia es conocido por todos. Machu Picchu ya no pertenece al Perú, ni siquiera a América. Es, antes bien, de los hombres que la admiran, que la estudian o que simplemente la visitan.

Raúl CAMPA.

(Especial para EL DIA).

Lima, octubre de 1959.



Templos y andenes se confunden en maravillosas perspectivas. (Foto del autor.)



A medio siglo de su descubrimiento, el misterio sigue. ¿Cuál sería el uso de estas formas pétreas que emergen de lo profundo? (Foto del autor.)



Los andenes de cultivo se cuentan por cientos. La ciudadela sagrada se podía mantener por sus propios medios. (Foto del autor.)

PARA Fabini, artista que sintió la vida de su pueblo, el tesoro del folklore le significó una gran experiencia en cuanto a la composición de sus lieder. El hilo rítmico del lied, esencialmente emotivo, es capaz de conducirnos a través de los propios estados espirituales de su autor. Aún no se ha penetrado suficientemente en su íntima naturaleza, como para desentrañar la riqueza que los hace diferir sustancialmente de los lieder de Cluzeau Mortet.

El lied en C. Mortet es de carácter más bien contemplativo, tienen un trato por lo regular homogéneo y parejo en el desarrollo de acompañamiento como en la fórmula rítmica, lo que no es óbice para que trasuntan verdadera belleza, como es el caso de "A un camino nacional".

En E. Fabini, el lied sugiere un mundo de sensaciones indefinidas, espontáneas, polirrítmicas e irregulares. Su trato le confiere variedad en la rítmica y en los acentos tonales. En general el acompañamiento, no se limita sólo a tal sino que sufre un desarrollo distinto al de la voz cantante, tanto en el trato melódico como rítmico.

Una crítica exhaustiva y bien fundada que desentrañe la sustancia interior de los lieder de nuestro gran músico no ha sido realizada aún. Hay no sólo un error conceptual, sino un mal generalizado en el ambiente musical, de que la crítica se conforme frecuentemente, con adjetivar del mismo modo las obras de todos los compositores, lo cual cabe perfectamente en una percepción exterior de la obra musical que no penetra en su espíritu para coger la condensación de las ideas más elevadas

LOS LIEDER DE EDUARDO FABINI

como las emociones más ingenuas del pueblo.

Es de tener en cuenta fuera del momento histórico-social que le tocó vivir a Fabini, una cualidad intintiva del artista, que hizo posible su diferenciación con lo europeo, en cuanto a forma y contenido.

Valoramos sus lieder por cuanto, aparte del aspecto formal, poseen un contenido ideológico que es la representación de una experiencia vivida y no una mera construcción intelectual.

No hay en sus lieder un divorcio entre texto y música por el contrario ambos se integran, constituyendo cada uno de ellos una vivencia distinta. En general, de sus lieder se desprende un tono de nostalgia y melancolía y las voces muestran suma fluidez. Con verdadera sensibilidad, sabe variar el carácter melódico y rítmico de acuerdo al texto poético.

El "Triste Nº 2" de aparente simplicidad, es la historia de una emoción cuya rítmica es formulada con humanidad. Traduce un estado de conciencia y como tal supedita toda preocupación de estilo a una preocupación de musicalidad. Su espíritu encontró en el folklore un campo propicio en condensaciones expresivas, que maduraron en él con sensibles sugerencias.

"El Nido", además de ser contemplativo de un estado de la naturaleza, pone de relieve un estado emocional que se desarrolla por medio de un movimiento contrapuntístico entre el piano y la voz cantante.

En "La Güeya", su trato melódico adquiere caracteres más dramáticos y energéticos, es de estilo intencionadamente sencillo que acentúa aún más su carácter. Es verdaderamente conmovedora la profundidad con que ha sido captada la sospecha y el celo ante la "güeya". En este ejemplo de estrofas variadas, se encarga de la misma unas veces el canto y otras el piano. Nos impresiona el talento con que el piano ataca el tema sugiriendo con su energía, un estado espiritual tormentoso.

Fabini pasa de forma casi imperceptible, de un carácter a otro, fundiéndose en su conjunto en una unidad perfecta. Es el caso de "El Poncho", en que el tono popular de su melodía, coloca en un primer plano la misión caracterizadora de la parte pianística dándole poderosa vida a un tema nuestro. El carácter es sobre todo contemplativo, traduciendo el cariño por una de las prendas tradicionales de nuestro gaucho.

No hay en Fabini una consideración de la música sólo con un fin puramente estético, sino como un lenguaje que conocía mejor que cualquier otro. El dominio del arte es muy grande y dentro de él es posible emplear sin ningún problema la correlación entre la forma y la idea que nuestro compositor logró sin dificultad.

Sus lieder están llenos de contradiseños contrapuntísticos y de efectos ilustrativos. Basta recordar "Luz Mala" variable en acento y tono y preciso en un estado espiritual que determina un estado supersticioso, confluyendo con un lirismo propio de un espíritu culto. Su espontaneidad y a veces ingenuidad y un sentimiento hondamente arraigado a lo nuestro, nos colocan ante un renovador de valores. Podemos decir que en "Luz Mala" ocurre una sublimación de los elementos tradicionales que él recogiera. Aquí el carácter de las frases y períodos musicales, depende no sólo del texto poético sino del arte del compositor.

En "Flores del Monte", de carácter contemplativo, hay una exposición plena de lirismo volcada a la naturaleza, desarrollado en suaves arpeggiados.

Los preludios, intermedios y epílogos del piano contribuyen poderosamente a la creación del ambiente sugerido por el texto poético, y a veces adquieren un desarrollo que hacen de ellos verdaderas piezas pianísticas. Supo hallar en "Remedio" la expresión y tono justos que reclamaba su texto, habiendo sabido imprimirle una renovada vitalidad inventiva y expresiva. El piano desempeña un papel de primer orden, encargándose de toda la caracterización musical.

Fabini creó su propia técnica, por lo que se admite una diferenciación, en base a una irregularidad de formas. Nuestro artista ha sabido reflejarnos un orden humano, no dando una mera relación o descripción sino un estado de conciencia. La racionalidad de la forma se desvanece, ante un contenido

que es capaz de sustraernos a la materialidad de la misma.

Su música expresa su actitud frente a la vida y lleva en su interior la posibilidad de

Con Fabini hemos aprehendido un ser que trascendió su propia individualidad, quizás porque supo mejor que ningún otro comprender al hombre de su tiempo o me-



Eduardo Fabini. Dibujo del pintor Manuel Espínola Gómez.

RECUERDE UD.

El Hogar



CLINICA DENTAL YAGUARON



PROTESIS INMEDIATA
TODOS LOS DIAS DE
8 a 21 HORAS.

HORARIO CONTINUADO

Yaguarón 1533

(A mitad de cuadra)

CASI PAYSANDU

CUIDE SU DINERO REPARE SU

CITROËN o RENAULT



En un Taller Especializado Personal con más de 10 Años de Experiencia



Stock Permanente de Repuestos
Pintura Lavados Engrases Mecánica Electricidad Chapa

GARCIA VARELA Ltda.

GALICIA 1428 Y MEDANOS - Tel. 40.45.30

un crecimiento mayor, que él quiso transmitir al compositor del futuro.

Fundamentalmente, Fabini es un renovador de los valores aprendidos y asimilados. Quiso convertir la idea en imagen de belleza y lo consiguió de modo de precisar, el molde adecuado a esa idea. La crítica no puede afectar a su arte sino en lo que tiene de bello.

jor aún el de su tierra. Creemos que Fabini ha de perdurar no sólo por lo que dio de sí mismo, sino porque por vez primera conmovió nuestro espíritu con una voz de verdadera autenticidad.

Felicia MARI DE CANETTI.

(Especial para EL DIA.)



Organizado por la Comisión de Colaboración del Liceo Militar y Naval "General Artigas", tuvo lugar días pasados un acto celebratorio del "Día de la Raza".

por **EDGAR RICE BURROUGHS**

Tarzan

TARZÁN EXPLICA LOS FENÓMENOS DE **TARZANLANDIA**.

COMO LA NATURALEZA CREÓ ESE MUNDO PERDIDO Y ESA ISLA EN EL CRÁTER, ENCIENDE LA IMAGINACIÓN DE ITO.




LA GEOLOGIA DE TARZANLANDIA

QUIERO HACERTE UNOS DIBUJOS PARA MOSTRARTE COMO FUE CREADO ESTE MUNDO PERDIDO.



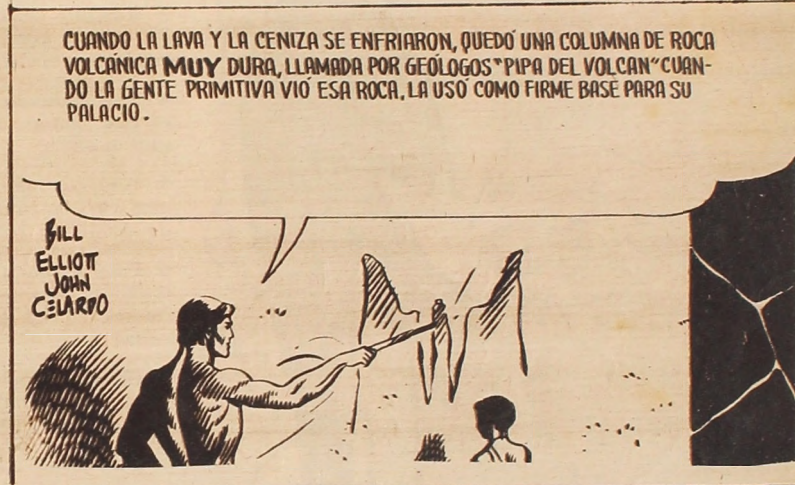
ESTA ES LA PARED EXTERIOR, POR DONDE TREPAMOS, DE UN GIGANTESCO VOLCÁN PREHISTÓRICO. AQUÍ ES DONDE LOS LAGARTOS GIGANTESCOS CASI NOS DETENEN. PERO...




HACE MUCHO TIEMPO, TAL VEZ UN MILLÓN DE AÑOS, EL VOLCÁN VOLO SU PUNTA. LO QUE TREPAMOS FUE SOLAMENTE SU BASE, UNOS 20.000 PIES.

CUANDO LA LAVA Y LA CENIZA SE ENFRIARON, QUEDÓ UNA COLUMNA DE ROCA VOLCÁNICA **MUY DURA**, LLAMADA POR GEOLOGOS "PIPA DEL VOLCÁN" CUANDO LA GENTE PRIMITIVA VIÓ ESA ROCA, LA USO COMO FIRME BASE PARA SU PALACIO.

BILL ELLIOTT JOHN C. LARRO



PERO TARZÁN, ENTONCES, EL AGUA ALREDEDOR NUESTRO, ES **MUY PROFUNDA**.




CORRECTO, ITO. NUESTRO LAGO PROVIENE DEL CIELO. LAS NUBES DESCARGARON SU AGUA SOBRE ESTE VALLE Y SI NO FUERA POR ELLAS, ESTO SERÍA UN DESIERTO INHABITABLE. LAS NUBES NOS HAN DADO AGUA EN CANTIDAD, Y LAS CENIZAS VOLCÁNICAS TIERRA **MUY RICA**.

NUESTRA **TARZANLANDIA** ES UN LUGAR MÁGICO, TARZÁN.




Nutre,
vigoriza,
fortalece.

TODDY

No tiene,
ni puede
tener similares



primavera de Oro!

en las extraordinarias primicias
que presenta la sección damas
de nuestras tres casas...



1 - Camisa realizada en popelina, manga 3/4 y amplio cuello de gran moda. Talles 52 \$28.00, 46 al 50 **\$26.00**

Complementa este modelo, pantalón de corte moderno realizado en tropical. Talles 44 al 50 **\$26.00**

Aumenta proporcionalmente hasta talle 58

2 - Novedosa camisola en fino bouclé, manga corta, escote en V y cuello sport, tonos del momento **\$38.00**

Acompaña este conjunto, pantalón de líneas clásicas confeccionado en excelente tela pilot. Talles 44 al 50 **\$45.00**

Aumenta proporcionalmente hasta talle 58

3 - Elegante chaleco en bouclé de hilo, manga corta, escote en V con bordin en blanco **\$35.00**

4 - Muy indicado para esta primavera, es este blusón en popelina, con cintura ajustable **\$26.50**

5 - Para su conjunto sport presentamos saco en fino bouclé, con delicado detalle en color blanco **\$39.00**

6 - Camisa clásica con cuello convertible, en popelina lisa de modernos colores. Manga larga \$26.00, manga corta **\$22.50**

7 - Casaca en bouclé de hilo, manga corta, escote redondo con terminación de fina guarda **\$33.50**

8 - En nuestra completa selección de novedades, presentamos saco en bouclé de hilo grueso, en tonos de actualidad **\$52.00**

9 - Camisa M/larga, modelo clásico en zephir rayado, de colores firmes **\$26.00**

10 - Destacamos original creación "Ede" en punto de hilo liso, con guarda en delicada combinación de colores **\$47.50**



Casa Soler
SOLER HNOS. S. A.

50
AÑOS
1909-1959

CASA MATRIZ Avda. Agraciada 2302
TELEF. 20 09 61

SUC. GOES Avda. Gral. Flores 2341
TELEF. 2 42 00 - 2 43 00 - 2 44 00

SUC. CORDON Avda. 18 de Julio 1601
TELEF. 40 41 11

PROGRAMACION DE CASA SOLER
EN SAETA TV. Lunes y Miércoles a las
20 horas presenta el Escenario de Va-
riedades y los Martes a las 21.15 hs. la
Gran TELEREVISTA, con las mejores
atracciones de la TV.

CLIENTES DEL INTERIOR:
Dirijan vuestros pedidos a nuestra CA-
SA MATRIZ, Avda. Agraciada 2302 y
Marcelino Sosa.

50 AÑOS BRINDANDO **Precios al alcance de todos**